

**Del boleo al bombardeo**  
Memorias de una mexicana  
en Francia durante la segunda Guerra Mundial  
Aurora Serrano viuda de Demay

Para la elaboración de mi autobiografía he contado con el apoyo de mi hija, quien ordenó mis manuscritos y los pasó a la computadora, así como de mis nietas Claudia e Isabel, quienes se encargaron de la corrección de estilo. Se los agradezco profundamente. Asimismo, quiero expresar un particular agradecimiento a mi sobrino Jorge, por darme orientaciones muy valiosas para el mejor desarrollo de mis memorias.

## PRÓLOGO

Mi querida profesora Jesusita Rosales Ortega pensaba que tenía yo una gran disposición para escribir. Ella me aconsejaba realizar estudios periodísticos. En ese entonces yo tenía unos trece años.

Al descubrir mi maestra que yo era huérfana de padre y que no tenía los medios para estudiar, se entrevistó, sin yo saberlo, con el editor del periódico de Culiacán, Sinaloa. Le mostró mis mejores trabajos hechos en la escuela y solicitó del director una beca para que yo siguiera la carrera de periodista.

Un día la maestra llegó a mi casa, que estaba a unas horas de Culiacán, acompañada de un señor muy serio. Como yo no sabía nada de sus planes, al ver a un hombre desconocido me asusté. A causa de mi gran timidez me escondí. En vano me llamaron, no salí. El señor, muy disgustado, se marchó. Entonces me presenté temerosa y avergonzada ante mi maestra, pensando que me regañaría por mi conducta, pero ella me miró con infinita tristeza y me dijo: “¡Qué lástima, has perdido tu gran oportunidad!”

Nunca podrá leer estas líneas, pero su querido recuerdo me ha acompañado durante toda mi vida. Ella ha sido sin duda la inspiradora de este proyecto de contar mis experiencias de mexicana durante la segunda Guerra Mundial, así como de narrar la serie de coincidencias que se hilvanaron en mi vida hasta instalarme en ese terrible escenario. El afán de relatarlas inició en mi cabeza hace ya varias décadas, a petición de familiares y amigos que se interesaban en lo que les platicaba y me insistían: “Tienes que escribirlo”. La atención a mi esposo enfermo, la necesidad de trabajar y, posteriormente, la pérdida considerable de mi vista me lo impidieron. Sólo ahora, a mis

noventa y cuatro años, ha tenido mi hija disponibilidad de tiempo suficiente para ayudarme a plasmar en el papel, con ayuda de la computadora, las páginas sueltas de mis recuerdos que narran los hechos que marcaron mi vida.

Tengo también otra razón muy profunda para contar mis memorias, que se enlaza con la queja de mi maestra de que “perdí mi gran oportunidad”. La infinita tristeza con que me miró se me quedó clavada. Fue como un reclamo por el descalabro de no haber aprovechado las posibilidades que la vida me ofrecía. Se trataba —como ella alguna vez lo dijera— de prepararse para hacer el bien a los demás aprovechando las disposiciones que, según ella, yo tenía.

Pasó el tiempo. Los vuelcos de la vida me pusieron en el centro de la gran tormenta de los últimos cien años, la segunda Guerra Mundial. Y allí, en medio de los interminables bombardeos, uno acaba preguntándose cómo es posible que haya tantas personas ambiciosas, insensibles al dolor ajeno, que provoquen o alienten situaciones de guerra tan terribles.

Cuando me doy cuenta de tanta iniquidad, crueldad y sufrimiento de millones y millones de seres humanos, y veo que aquello aún continúa después de haber conocido el horror de una guerra mundial, cuando percibo que la humanidad no aprende y la situación empeora, destruyendo de manera suicida no sólo las vidas humanas sino la del planeta, siento en mi alma un profundo dolor.

Entonces digo: “Maestra Jesusita, la lección de su mirada sigue todavía clavada en mí. Espero haberla aprendido. Quiero seguir aprendiéndola”. Y quisiera que la humanidad también la aprenda, de sus propios descalabros y, ojalá, hasta de los míos. Si a ello contribuyo con estas memorias —mientras susurro a la humanidad loca de hoy que de veras aprenda—, una vez más podré erguirme y decirle con gran entereza, tanto a la vida de sufrimiento que tuve como también a usted, mi querida maestra Jesusita: “¿Por qué lástima? A mis noventa y cuatro años no he perdido mi gran oportunidad”.

## INTRODUCCIÓN

Para contar mi vida, he dividido mi relato en tres etapas: niñez y juventud, la primera, con todos los problemas y anhelos que este periodo representa, vivido en unas tierras que no sufrieron al grado que otras los embates de la Revolución mexicana, es decir, Baja California Sur y Sinaloa. En Baja California Sur encuentro dos expresiones significativas para mí: el Boleo, del cual hablaré ampliamente en las páginas siguientes, y La Paz, su capital, cuyo nombre representa para mí el otro extremo de lo que padecí en la guerra.

La segunda etapa se refiere a mi vida en Francia, que incluye los seis eternos años de guerra que me tocó vivir en ese bello país que casi no pude gozar porque el conflicto convirtió todo en un in-fierno. Los bombardeos fueron el mayor símbolo de las penurias, los sufrimientos, las angustias y la lucha por sobrevivir. Sólo si logra uno salir adelante, esta adversidad es también fuente de superación.

El regreso a mi país de origen, México, donde recuperé sol y familia, constituye la tercera etapa, la más larga, y aunque no faltaron dificultades, me permitió asentar una familia que vive con dignidad.

En esta reseña de mi vida me limitaré a recoger aquellos momentos que fueron los más significativos de las dos primeras etapas. Son precisamente las que hicieron que mi vida fuera ese largo transitar que va del boleo al bombardeo.

## I. NIÑEZ Y JUVENTUD

### MI TIERRA NATAL

Me llamo Aurora Serrano Rosas, viuda de Demay. Nací en Baja California Sur, en el poblado de Santa Águeda, contiguo a la ciudad minera de Santa Rosalía, en el año de 1911, en plena época revolucionaria. Mis padres eran del risueño municipio de Mulegé.

Baja California Sur es un pedazo de tierra mexicana muy rica en minerales, como oro, cobre y manganeso, entre otros. Es una larga faja angosta, bordeada de mar, dividida a todo lo largo por una gran serranía, con una longitud aproximada de mil kilómetros; sus dos costas, tanto la del Pacífico como la del Golfo de California, son riquísimas en pesca. Del lado del Golfo cuenta con hermosas playas de fina arena blanca, muy apreciadas por los turistas nacionales e internacionales.

Sin embargo, a principios del siglo pasado los habitantes de la región pensaban que estaban abandonados de Dios y, paradójicamente, vivían de milagro; en ese entonces la Baja California Sur contaba con un habitante por kilómetro cuadrado. Tal vez por eso, el gobierno federal no consideraba importante ese territorio, pues los políticos no encontraban ahí votos para los puestos de elección.

La Baja, como solemos llamarla, es también famosa por tener las mejores pinturas rupestres del país, que cubren las paredes de cuevas difícilmente accesibles; por el arribo de las ballenas que se reúnen ahí, año con año, para tener sus crías; por los atardeceres en La Paz, su capital, así como por sus noches estrelladas, con un cielo tan límpido que permite apreciar perfectamente la vía láctea. En

tiempos pasados, también era apreciada por la vasta producción de perlas naturales de varios tamaños y colores, en particular de la perla negra, y tiene en Guerrero Negro una de las salinas más grandes del mundo.

La tierra, sin embargo, es árida y no la baña ningún río, ni cuenta con ningún lago; en ocasiones hay que esperar hasta algunos años para que llueva, y cuando eso sucede, con frecuencia es en forma de ciclón, lo que forma arroyos que bajan de la sierra en caudales y adquieren tal fuerza que arrasan con todo cuanto encuentran a su paso, causando destrozos y desolación en esas vastas llanuras. Como en los desiertos, surgen algunos oasis, y en estos se establecieron los primeros pueblos que vivían de la ganadería con gran sacrificio, pues debían quemar con carburo las espinas de los cardones y cactus para alimentar a sus animales. Por estas razones la zona es poco poblada. Pobre tierra mía, tan bella en su abrupta serranía. Sin embargo, desierto, montaña y playas ofrecen una mezcla pacífica y salvaje que cautiva a propios y extraños.

Todo esto puede ser destruido por las inversiones privadas, que impulsan proyectos como los de la Escalera Náutica o el de Puerto Balandra, de Miguel Alemán Magnani, apoyados por nuestras autoridades sin tomar en cuenta las funestas consecuencias para el territorio de Baja California Sur, su fauna y flora marinas, contaminando playas y ambiente. Sería un grave atentado contra la rica bio-diversidad de esta región, de las pocas que aún permanecen vírgenes.

### QUIÉNES FUERON MIS PADRES

Yo salí a los cuatro años de Santa Rosalía y luego, por mi vida casi nómada en Sinaloa y por el tiempo pasado en Francia, no tuve oportunidad de conocer la genealogía de mi familia, así que consulté a varios familiares. Estos son los datos que recopilé.

Como es sabido, la isla de Cuba, al igual que casi toda América

Latina, fue conquistada por España. Por tal motivo, muchas familias españolas se establecieron ahí, como los Montijo y los Serrano. Entre las familias Serrano se cuenta la de Cristóbal Serrano, al que la reina de España le concedió el título de duque de la Torre; otra familia Serrano tenía los apellidos Serrano Domínguez y Domínguez de Geles.

Uno de esos señores Serrano contrajo matrimonio con la señorita María de las Mercedes de Montijo, que por los indicios parece haber sido pariente de María Eugenia de Montijo, también española-cubana, esposa de Napoleón III.

La pareja Serrano de Montijo se trasladó a México y se instaló en la región de Sonora, donde adquirió una hacienda que llamaron Vallecitos, vecina de la de los señores Grijalva. Desgraciadamente, estas haciendas tenían en los alrededores a los indios yaqui que, en ese tiempo, las invadían y robaban el ganado, matando a los peones y quemando las casas. Después de soportar por algún tiempo estos ataques, los hacendados decidieron vender sus tierras. En la hacienda Vallecitos sólo permaneció el padre del general Francisco I. Serrano que, según me cuentan, era pariente de mi abuelo. Por cierto, un primo mío me contó una anécdota curiosa. Una hermana de Serrano se casó con el general Obregón. Se volvieron compadres y, gracias a ello, el primero ocupó varios puestos importantes en el gobierno. Cuando Obregón quiso reelegirse, Serrano fue propuesto por los antirreleccionistas para enfrentarse a Obregón, el cual lo mandó asesinar en el pueblo de Huitzilac, Morelos, junto con sus colaboradores. Uno de ellos, el general Manzo, que ya era candidato antirreleccionista, temió ser la siguiente víctima y huyó a caballo, acompañado por mi primo Alejandro. Contaba éste que al pasar la frontera escuchó al general gritar:

—¡Viva Santa Anna, cabrones!

Sorprendido, le preguntó:

—Mi general, ¿qué no es usted patriota?

—Sí, pero si no hubiera vendido ese territorio, ¡cuánto tendríamos que correr todavía!

Cuando tuvo que vender sus tierras, la familia Serrano de Montijo se trasladó a Mulegé, Baja California Sur, pueblo que habían visitado antes y les había fascinado. Mi abuelo Manuel Serrano de Montijo contrajo matrimonio con una de las señoritas Grijalva. Tuvieron cinco hijos, cuatro mujeres y un varón, mi padre: José Rafael Serrano Grijalva. Muy pronto quedaron huérfanos de madre; José Rafael era el más pequeño.

La hermana mayor, Antonia, se hizo cargo de sus hermanos, sobre todo de mi padre, que sólo tenía tres años. Para él, Antonia era su madre y la quería y veía como tal. La tía Toña, como la lla-mábamos, era una gran mujer, de porte altivo y recio carácter, pero de gran corazón. Cuando una hermana suya falleció, adoptó y crió a sus dos hijos, de uno y tres años. También mi madre, mi hermana y yo encontramos cobijo con ella cuando fue necesario.

Durante dieciocho años mi padre fue segundo de a bordo de un barco perteneciente a su tío José Cannet, quien contaba que cierta vez en que salió a pescar en alta mar le llamó la atención un gran barco del que se desprendieron dos lanchas que recorrieron el litoral lanzando un polvo blanco. Precisamente a partir de esa fecha murieron las ostras perliíferas. ¿Será una coincidencia?

Por parte de mi madre, Clara Rosas García, soy nieta de un oficial de marina portugués que arribó a Mulegé después de un naufragio. Se conoció como Francisco Rosas, pero algunos decían que su apellido era Da Rosa. Una vez establecido en Mulegé se dedicó a la ganadería y a la agricultura. En una ocasión le dio trabajo de peón a un forastero que parecía muy necesitado. Al poco tiempo llegó una comisión política a reclamarle que hubiera empleado como peón ¡nada menos que al Nigromante!

Mi abuela se llamaba Dolores García. Ella y mi abuelo procrearon doce hijos, ocho hombres y cuatro mujeres. Mi madre, la más chica de las mujeres, se dedicó a cuidar a su padre viudo y enfermo. Después de que éste murió, se casó a los treinta y tres años con mi padre.

Mi mamá se distinguió por su conocimiento de remedios her-

bolarios que estaba siempre dispuesta a aplicar en beneficio de sus familiares y vecinos, y también por apoyarlos en sus penas. Cuando llegaban nuevos moradores, pensando en que no tendrían aún estufa instalada, nos mandaba a llevarles alimentos calientes.

## DE BAJA CALIFORNIA SUR A SINALOA

Tenía cuatro años cuando salí con mis padres y mi hermana de Santa Rosalía con destino a Sinaloa, donde un tío de mi padre le ofreció un mejor futuro; desafortunadamente no resultó. Empero, nos quedamos en Sinaloa porque mi padre encontró dónde sembrar, que era su más cara ilusión.

Mi padre era una de esas raras personas que creían en la palabra empeñada, pues, según él, era sagrada. Pedir cualquier papel firmado era dudar de la gente. Por desgracia, las personas que le dieron su palabra lo defraudaron, pero como tenía noble corazón, nunca escarmentó. Varias veces, por falta de recursos económicos, volvió a emprender negocios agrícolas con algún socio, perdiendo todo su esfuerzo al final.

En una ocasión tuvo oportunidad de sembrar en un pueblo llamado El Mezquite. Recuerdo que para hacer las casas de los trabajadores mi papá utilizaba un método que, a mi entender, aún sería viable, aunque con recursos más modernos. Para construirlas empleaba varas de una planta de la región llamada batamote. Mi papá las mojaba para volverlas flexibles y las entrelazaba como para hacer canastas. Con estas varas y horcones formaba una pared terminada en un travesaño, que luego resanaba con lodo o barrial, la alisaba y pintaba. Daba la impresión de una pared de mampostería. Para el techo se ponían horquetas al revés, apoyadas en los travesaños y se cubrían con hojas de palma bien recortadas que no dejaban filtrar el agua de la lluvia. Esas casas no eran ni frías ni calientes, y así los trabajadores estaban bien dispuestos para sus labores.

Después de varios fracasos nos radicamos en el ingenio El Dorado, en Sinaloa, donde mi padre sembró tabaco. Para pagar a los peones, abrió una panadería, con la que conoció un gran éxito, ya que aplicaba los conocimientos adquiridos en la panadería francesa de Santa Rosalía.

Lamentablemente, por la falta de higiene en dicho ingenio se generalizó la malaria, enfermedad que se manifestaba un día sí y otro no. El día de la crisis el enfermo amanecía con un fuerte vómito de bilis, luego le invadía un intenso frío, convulsivo, que hasta la cama movía. Después seguía una fiebre muy alta. Nos contagiaron los cuatro de la familia. Mi padre y yo fuimos los más afectados, pero él, por atender sus obligaciones, no se curó, y varios años después los médicos lo desahucieron por complicaciones que afectaron su hígado.

Para contarles un poco cómo era yo de niña, voy a recordar un hecho que me valió muchos regaños. Nuestra casa estaba situada en la explanada que servía entonces para construir los jacales de los trabajadores enganchados a la zafra. Como llegaban después de iniciadas las clases, no mandaban a la escuela a los niños, que se dedicaban a vagar por las calles muy aburridos. Yo tenía once años, pero tal vez por tanto ir de una ciudad a otra en cada fracaso de mi padre, maduré más rápido. Además, mis padres llevaban una vida muy austera. No nos compraban juguetes porque, según ellos, era dinero tirado, pero sí ropa o "cosas útiles", como decía mi madre. Según la gente, yo era una pequeña muy sazona, expresión usada en Sinaloa para designar a una niña precoz. Tal vez por esta razón me mortificaba ver a estos pobres niños que no sabían leer, ya que en ese tiempo no era obligatorio ir a la escuela, y menos en sus condiciones. Yo quería ayudarles, pero ¿cómo? Entre los panaderos de mi papá había un joven con gran imaginación. De haber tenido estudios, hubiera sido un buen cuentista. Me contaba magníficas historias que él inventaba.

Un día les dije a los niños: "¿Quieren que les cuente un cuento?"

“¡Sí, sí!”, me respondieron. No había nada en qué entretenerse, así que oír un cuento les entusiasmó. Mis padres no me permitían jugar con ellos, pero mientras mi papá trabajaba con los panaderos y mi mamá se acostaba temprano porque debía levantarse a las cinco de la mañana para preparar el desayuno para la familia y los trabajadores, yo salía por las noches a escondidas para reunir a los niños. Ellos formaban un montículo de tierra para que me sentara en alto. Como siempre tuve buena memoria, les repetía el cuento que me había contado ese día el joven panadero. Así se hizo casi todas las noches, aunque por las mañanas mi mamá me regañaba por traer los calzones sucios de tierra. Esto duró hasta que terminó la zafra y los niños se fueron.

Por esas fechas, como a mi padre no le gustaba la escuela del lugar, nos envió a Culiacán, a casa de su hermana Antonia, para que se nos proporcionara una mejor educación escolar.

Cuando mi padre se dio cuenta de que estaba gravemente enfermo, se preocupó por nuestro futuro. Decidió llevarnos a Estados Unidos para estudiar inglés, ya que, según él, tendríamos más oportunidad de encontrar un buen empleo, y también para confiarnos a Gilberto Serrano, hijo de su primer matrimonio, que residía en Los Ángeles, California.

Después de arreglar sus asuntos en El Dorado, mi padre pasó por nosotras a casa de mi tía en Culiacán y emprendimos el viaje hacia el norte. Al pasar la aduana, los empleados le pidieron a mi papá una fianza de no sé cuánto para darle un permiso por seis meses y, en caso de regresar antes de dicha fecha, se le regresaría el dinero.

Por desgracia, antes de partir mi papá había cometido otro error de exceso de confianza al dejar su panadería, que había alcanzado buena fama, en manos de una persona incompetente y deshonesto. Ésta debía enviarle mensualmente cierta cantidad, cosa que nunca hizo, lo cual nos provocó un grave daño económico cuando, ya establecidos en Gilbert, Arizona, mi padre cayó gravemente enfermo.

Poco tiempo después de haber llegado a Gilbert, mi padre, por

consejos de compañeros de trabajo y porque había abandonado la religión católica, se integró a una rama mormona, los Santos de los últimos días. En efecto, se había vuelto protestante porque un sacerdote se negó a ir a bautizar a una de las hijas de su primer matrimonio, sumamente grave. Mi padre comentaba que le había conseguido el mejor caballo con la mejor silla, pero el cura exigió el carruaje del cacique, algo imposible de cumplir, por lo que la niña murió sin el bautizo. Adherirse a la religión mormona fue una decisión afortunada, ya que sus ministros, al saber que mi padre se encontraba muy enfermo, se turnaban diariamente para acompañarlo en su agonía y nos aportaban una cantidad equivalente a lo que era su salario. Cuando falleció, se encargaron de lo necesario para el entierro. Hicieron un servicio en su templo y lo sepultaron en el cementerio de La Mesa, Arizona.

Mis tías, al enterarse de lo mal que estaba mi padre, viajaron a Estados Unidos, aunque llegaron demasiado tarde. Nos trajeron de regreso a México y, al pasar por la aduana, reclamamos la fianza, pero como el plazo se había vencido por un día, se negaron a regresárnosla.

Al quedar sin el sostén de mi padre, quedamos a cargo de mi tía Antonia. Ella ya no radicaba en Culiacán, sino en Navolato, Sinaloa, donde terminé lo que en ese tiempo se llamaba la "primaria superior". Me tocó en suerte una excelente maestra, Jesusita Rosales Ortega, mencionada en el prólogo, y a quien recuerdo con mucho cariño, ya que ejercía su profesión con entrega y amor. Ella, al igual que los demás maestros que tuve en Culiacán, nos explicaba muy bien las lecciones de cualquiera de las materias enseñadas. Luego nos dejaba como tarea desarrollar cada tema y terminar con un resumen. No teníamos libros, pero con este sistema se nos enseñaba a pensar, a razonar. No sé si ésta era la metodología en todas las escuelas, pero por mi experiencia posterior me parece muy buena, ya que preparaba al alumno para expresar con claridad sus conocimientos e ideas. Hoy en día, tengo la impresión de que los muchachos olvi-

dan rápidamente lo que estudiaron, pues todo se les da sin que se tomen la molestia de estructurar su aprendizaje. Tienen calculadora, videos, computadora, ¿para qué estudiar?

En la casa se hablaba mucho de Baja California Sur, sobre todo de Santa Rosalía y de la compañía minera francesa establecida ahí, lo cual despertaba en mi mente infantil la idea de que se trataba de una gran ciudad. Cuando la maestra preguntaba a cada una su procedencia, yo me paraba con la cabeza en alto, y sacando el pecho decía: "Soy de Santa Rosalía, Baja California Sur". Cuando decidimos regresar allá, me despedí de mi maestra que me dijo: "Amas tanto tu tierra, que con gusto iría a trabajar allá y pediría mi cambio". Al llegar a Santa Rosalía, sin embargo, mi decepción fue tan grande que me dio vergüenza y no pude confesar mi error, por tal motivo nunca me atreví a escribirle. Creo que mi ingratitud debe haberle dolido mucho.

Mi madre y mi única hermana habían salido ya para Santa Rosalía. Mi mamá tenía bastante familia en Baja California y prefirió vivir en su tierra que seguir arrimada con la de su esposo. Mi sobrina Esther Bonifant y yo nos quedamos en Navolato hasta terminar los estudios.

Cuando acabaron mis cursos, salí con mi prima hacia mi tierra. No encontramos lugar en el tren que nos llevaría a Empalme, para seguir a Guaymas y de allí tomar el barco hasta el puerto de Santa Rosalía. Eso fue nuestra salvación, ya que el tren fue atacado por los yaquis, que por entonces no sólo asaltaban sino que torturaban y mataban sin piedad. Estas atrocidades no cesaron hasta que el general Obregón los amenazó con bombardearlos, si no concluían estas acciones. No le hicieron caso y, efectivamente, realizó el bombardeo.

Tomamos el tren del día siguiente. Iba casi vacío. En nuestro vagón éramos las únicas pasajeras, así que teníamos mucho miedo; el miedo se transformó en pánico cuando apareció un hombre de color, grandote y verdaderamente feo que, al darse cuenta de que nos había asustado, se rió de buena gana: "No tengan miedo, niñas, yo vendo cigarros, chocolates, dulces... , pero como el tren viene vacío

y no tengo clientes, las cuidaré, pueden dormir tranquilas". Huelga decir que no dormimos.

El tren se detuvo en Empalme, donde un primo nos recogió para llevarnos a Guaymas, Sonora. Al día siguiente tomamos el barco, uno de esos barquitos que no tienen cabinas y en los que se viaja en la cubierta. Era de madrugada cuando avistamos el puerto. Con la idea que teníamos de que se trataba de una gran ciudad, mi prima y yo, al ver muchas luces, imaginábamos edificios de varios pisos. Comentábamos en voz alta: "¡Mira!, ése debe ser un edificio de cinco pisos", y nos disgustaron las risas de los demás viajeros, que sí sabían que esas luces se encontraban en lo alto de las mesetas que rodean el centro del pueblo. Al desembarcar, dijimos: "Éste es el puerto, ¿dónde está la ciudad?" Cuando entre risas nos informaron que ésta era la ciudad, comprendimos porqué se burlaban de nosotras. "¡Qué decepción!"

De hecho, Santa Rosalía era un pequeño pueblo minero y, como tal, situado en una zona árida sin vegetación. Sus casas eran todas iguales, de madera, con callecitas de terracería y sin servicios. Esto explica por qué no le escribí a mi maestra, aunque sabía que le dolería mucho mi silencio, pero ¿cómo confesarle mi frustración?

Tiempo después descubrí el encanto especial que el ambiente franco-mexicano creado por la compañía El Boleo le daba a este pueblo.

## EL BOLEO

En tiempos de Porfirio Díaz muchos extranjeros escudriñaron el subsuelo de Baja California. Geólogos franceses y alemanes solicitaban al gobierno permiso para explotar los minerales, principalmente de cobre, que existían en gran cantidad en la región cercana a Santa Rosalía. Una compañía francesa, creada al amparo del banco Mirabeau, fue la que obtuvo la concesión que se llamó El Boleo.

¿De dónde nació este nombre? Dicen que un pariente mío, de

apellidos Villavicencio Rosas, radicado en Santa Águeda, quería ir a Santa Rosalía, pequeño puerto que era la única salida de la región hacia Guaymas. Este señor, queriendo cortar camino, subió por una colina cubierta de bolas gris-verdosas que le llamaron la atención y pensó que se podría tratar de cobre. Recogió unas cuantas y las envió a Guaymas a un amigo. Éste, a su vez, consultó al señor Muller, geólogo alemán que decidió mandarlas a analizar. Resultó, en efecto, ser un mineral de cobre de muy alta ley.

El mismo geólogo alemán se trasladó a Santa Rosalía para beneficiar esas bolas, acumuladas durante miles de años, con el fin de extraer de manera rudimentaria el mineral. Los nativos del lugar entraron a trabajar con este geólogo, e iban a recoger las bolas. Cuando les preguntaban a dónde iban, ellos respondían: "Al boleo".

Así fue como, cuando la compañía francesa obtuvo la concesión del gobierno mexicano y debió escoger el nombre, los dueños decidieron dejarle el de El Boleo.

Mi vida, que se había ido encaminando como un constante boleo de un lado para otro, en adelante quedaría enmarcada también en esta primera etapa por esa compañía. Por ambas razones considero este periodo como una especie de boleo. ¿Y acaso no es lo mismo que me pasaría después, en la etapa segunda con todos los avatares de la guerra?

Por eso lo escogí para el título de las presentes memorias. El constante boleo de la vida no sólo lo hace bolas a uno, también lo va amasando hasta forjar una unidad. Dicen que la esfera es la figura más perfecta porque recoge todo en la unidad, y lo que yo experimenté en la guerra fue que los bombardeos son malvados porque destruyen toda unidad, la unidad del país, de la ciudad, de la familia, hasta de uno mismo. Por eso completé el título: Del boleo al bombardeo.

Cuando la compañía El Boleo se instaló, no se conseguía en la región la mano de obra necesaria para explotar las minas. La sociedad se vio obligada a recurrir a los enganches, compuestos generalmente

por indios yaquis perseguidos y hambrientos, así como por indios seris. También trajeron trabajadores chinos que se conformaban con casa y comida.

A causa del clima tórrido de esos lugares, la compañía importó casas de madera, de tan buena calidad que algunas todavía perduran. En los tiempos en que viví allí, la población se dividía en tres partes: el pueblo mismo edificado en el arroyo; una meseta al norte llamada Mesa Francia, donde se encontraban la dirección, las oficinas y las casas grandes de los franceses; y al sur la Mesa México, donde se hallaban las oficinas de gobierno, así como las casas de los empleados mexicanos y de aduana.

En el pueblo recién construido no había iglesia. A petición de un grupo de señoras se solicitó una al banco Mirabeau. Ahí recordaron que el ingeniero Eiffel, constructor de la torre que es símbolo de París, había edificado para el gobierno belga una iglesia destinada a una de sus colonias, el Congo. Se requería que desafiara los rigores del clima de este país. Por alguna razón no fue enviada al Congo y el banco la adquirió para Santa Rosalía.

Para la explotación de los minerales, la compañía creó varios conjuntos, llamados Grupos, acondicionados con agua, luz y tienda. A pesar de los excesos cometidos con los trabajadores, había más seguridad que en las minas de otros estados. Por otra parte, hay que reconocer que gracias a la compañía El Boleo la región prosperó y se pobló. Santa Rosalía se convirtió en un puerto de altura, de gran calado, con talleres para la reparación de barcos, y se instaló una planta eléctrica y una fundición. Se trajo agua por tubería; se disponía de un hospital, de un hotel, una panadería famosa por el pan francés que vendían; se establecieron tiendas de abarrotes y de ropa bien surtidas, donde se encontraba desde alfileres hasta lonas para catre, medicinas, perfumes, mercería, mezclilla, zapatos, etcétera.

Se les criticó que eran tiendas de raya, pero a diferencia de lo que sucedía en otras partes del país, en éstas se protegía a las familias de los trabajadores. En efecto, al principio se pagaba íntegro el sueldo

a los mineros, pero éstos se lo gastaban en la cantina. Ante las quejas de madres y esposas, El Boleo implementó un sistema mixto: retenía una pequeña parte del salario y se lo entregaban a las mujeres en forma de vales que canjeaban los primeros días del mes por los artículos que necesitaban para su familia y su hogar.

Poco a poco me fui adaptando a la vida en Santa Rosalía, a su gente jovial y amable, a la cariñosa acogida de mis familiares y amigos, hasta que —otro boleó más— la broma de una amiga selló mi destino.

En ese tiempo existía una bonita plazuela luego destruida por un ciclón, con su kiosco y los únicos árboles del pueblo en la que mi amiga me había invitado a pasear. Ahí, según la costumbre de la época, los hombres circulaban en sentido contrario a las mujeres. Tres jóvenes franceses le preguntaron a mi acompañante: “¿Nos presentas a tu amiga? No la conocemos, debe ser recién llegada”, a lo que mi amiga, juguetona, les respondió: “Les presento a la señorita Cyrano de Bergerac”. Me miraron con visible curiosidad y continuaron su camino, pero muy intrigados me buscaron días más tarde: “¿De veras se llama Cyrano de Bergerac?”, a lo que respondí muy divertida: “No, es una broma de mi amiga. Mi nombre de verdad es Serrano”. A partir de entonces, al saber mis jefes franceses que yo era huérfana de padre, se constituyeron en mis tutores y me introdujeron a la comunidad francesa. Siempre me invitaban a sus fiestas, y los fines de semana a pasar el día en la mejor playa de la zona, la de San Lucas.

Yo trabajé en una de las tiendas de raya. Cada primero de mes, las amas de casa se agolpaban en la puerta y entonces se volvía una tarea exhaustiva y excesiva para una sola persona, por lo que el jefe me prestaba ese día a dos de los empleados de abarrotes para bajar los rollos de lona y de mezclilla, muy pesados para mí. El trabajo fuerte abarcaba los primeros quince días del mes, y los siguientes, más tranquilos, me dedicaba a preparar todo y a elaborar el inventario. La tienda cerraba sus macizas puertas de madera como a las siete y se aseguraban con trancas; era imposible abrirlas desde afuera.

En una de esas temporadas me sucedió algo insólito. Una tarde en que terminé de poner las cosas en su lugar en la tienda totalmente vacía y sin lugar para que nadie se escondiera, hacía mis cuentas sobre el mostrador, cuando de pronto me cubrió una sombra. Extrañada levanté los ojos y vi a un hombre con un semblante excesivamente pálido que me asustó. Llamé a los compañeros para que me auxiliaran, y muy extrañados le preguntaron por dónde había entrado, ya que habían revisado la tienda antes de cerrar y no quedó nadie.

—Díganos por dónde entró —le exigían.

—No se los puedo decir —respondió.

—¿Qué hace aquí?

—Es que amo a la señorita.

Al día siguiente sucedió la misma cosa, y entonces mi jefe ordenó a mis dos compañeros que me escoltaran hasta mi casa. En el camino sentí cómo una mano helada me sujetaba y pegué un grito. Pasábamos frente a la casa de mi jefe que, al oírme gritar, sacó un revolver y comenzó a disparar, pero no había nadie. Dos días después oí unos quejidos que venían de los escalones del frente de la tienda. Salí a ver de qué se trataba y me encontré al mismo hombre, tirado, con un puñal enterrado y lleno de sangre. Le pregunté asustada:

—¿Quién le hizo eso?

—Fue allá en los terreros.

Corrí a la tienda gritando: "Pronto, pronto, hay un hombre herido". Los primeros en llegar fueron mis compañeros, pero cuál no sería nuestra sorpresa al ver que el tipo había desaparecido y que no había huella de sangre. Posteriormente, mi jefe y otras personas autorizadas hicieron investigaciones y preguntaron a todo mundo respecto al hombre, pero nadie lo había visto ni conocido.

Esto sucedía en la tienda del Grupo de El Purgatorio, el cual verdaderamente merecía su nombre: casas pequeñas de madera, una única calle, ni un solo árbol, con cuarenta y cinco grados al sol, era de veras insoporable. Mi madre se desmayó dos veces en la cocina.

Afortunadamente, me cambiaron a la tienda de Providencia, cerca del centro de Santa Rosalía, mejor situada.

Durante mis años de estancia en Santa Rosalía, aún adolescente, participaba en los esparcimientos de que se disponía entonces. Entre ellos destacan los paseos a las playas cercanas, donde se comía fresca sandía. Después, todo mundo llegaba al bar del hotel a tomar un aperitivo. También teníamos cine y una sala para bailes y otros actos, pero lo más atractivo eran las fiestas organizadas por los franceses, en las que se compartían bebidas y comidas traídas por barco desde San Francisco, California, y hasta de Francia (sobre todo en lo referente a vinos).

Uno de los jóvenes que conocí en la plazuela a mi llegada fue mi pretendiente, y era el ingeniero principal de la compañía (después fue su director). Me propuso matrimonio, pero no llegamos a nada, ya que me exigía separarme de mi familia y hacer una ceremonia pri-vada en su avión. Como todas las chicas de mi edad, yo deseaba casarme de blanco, “con velo y corona”, como se decía entonces.

Otro de los muchachos franceses, jefe de una de las tiendas de El Boleo, también me hacía la corte y me propuso matrimonio. Era un joven apuesto que tenía el azul del cielo en los ojos y gozaba de una gran simpatía entre la población, sobre todo por su buen corazón. Un ejemplo de ello fue su actitud durante uno de esos ciclones que llenaban de agua devastadora los arroyos que durante años habían permanecido secos, y que de pronto se llevaban casas, gente y animales. En esa ocasión, según el periódico, “murieron veintiún almas y un chino”, pero una buena cantidad se salvó gracias a las cuerdas que Georges Demay —ya por entonces mi esposo— sacó de la tienda, y que con ayuda de otras personas logró lanzar de un lado a otro de la calle central transformada en corriente torrencial.

Un 15 de febrero nos casamos. Mi esposo quería una boda muy lucida y así fue. Dijeron en el pueblo que había sido la más bonita que habían presenciado, ya que llevaba seis damas y dos pajes, unos niños preciosos que sostenían la cola del vestido. De-lante iba una

niña lanzando pétalos de rosa. Lo malo fue que se gastó tanto en la boda, que luego no tuvimos luna de miel.

Al año siguiente nació mi primera hija, Olga. El parto fue natural, pero muy difícil y tardado, con mucho sufrimiento, pues la niña traía el cordón umbilical enredado en el cuello. Por fin nació, sin otra complicación para ambas, gracias a mi empeño y esfuerzo, al doctor que no se apartó de mí y al deseo de vivir de mi hija. Al día siguiente me extrañó el prolongado silencio de la niña y me asomé a la cuna para ver qué pasaba. Encima de su cobija se extendía una mancha de sangre. Probablemente se había hecho un mal corte del cordón umbilical. Felizmente lo noté a tiempo para que la atendieran.

También teníamos dos perritos. Uno de ellos muy inteligente, híbrido de fox terrier, se encoló cuando nació nuestra hija. Los dos primeros días, cuando le hablábamos, volteaba la cabeza. Aunque no lo crean, le vi lágrimas en los ojos, pero al poco tiempo, cuando nuestra hija enfermó, él permaneció debajo de la cuna y no se movió hasta que ella se alivió. También fue su fiel compañero cuando empezó a gatear.

El perrito era célebre en el pueblo. Cuando creía que estábamos en casa de mi hermana, en el barrio de Providencia, se paraba enfrente del camión de pasajeros que iba para allá y se subía; si no nos encontraba, volvía a tomar el autobús de regreso. De broma, el chofer le decía a mi esposo: "Jefe, me debe un pasaje".

En otra ocasión, cuando tuvieron que operarme del apéndice, el Tutú, como lo llamábamos, paró esta vez un taxi. El chofer, que sabía que yo estaba en el hospital, comprendió que el perro quería visitar a su ama. Efectivamente, entró al hospital y vino a saludarme. Como estaba prohibido recibir animales, lo acaricié para darle las gracias y lo despedí. Regresó al taxi. Esta vez mi esposo tuvo que pagar el viaje.

Otra de mis visitas fue mi hija, que una amiga me llevó. Comentó:

—Mira, esta niña quiere caminar, pero no es posible, ¡sólo tiene ocho meses y medio!

—Párala, verás que sí quiere caminar —le contesté.

Le tendió los brazos y la niña dio sus primeros pasos. A los nueve

meses caminó perfectamente. Una vez alguien dejó la puerta abierta y la niña desapareció. La buscamos con desesperación, hasta que mi esposo llegó con ella. Lo había ido a visitar a la tienda, que estaba contigua a la casa.

Así continuó nuestra vida cotidiana, con tranquilidad, hasta que empezaron los problemas de El Boleto. Ingenuamente creía que la compañía duraría siempre, pero no fue así. Varios factores la orillaron a la quiebra; la escasez del mineral y la baja de su ley provocaron merma en la demanda; luego, problemas sindicales. Posteriormente, al iniciarse la segunda Guerra Mundial, la compañía quedó aislada del banco que la financiaba. La responsabilidad del director de El Boleto era enorme; sin el financiamiento de París ¿cómo mantener la planta productiva? Para los tiempos de la guerra ya se había despedido a muchos empleados y trabajadores de las minas, los cuales emigraron hacia el norte de Baja California o al sur de Estados Unidos. Se decidió entonces beneficiar una mina de manganeso aprovechando las instalaciones de El Boleto. Desgraciadamente, la mina era pobre y pronto se agotó. La quiebra era inevitable y, terminada la guerra, el banco Mirabeau decidió la liquidación total, pero, respetando el contrato hecho con el gobierno mexicano, todas las instalaciones y obras quedaron para beneficio del país. El gobierno creó la compañía Lucifer, que benefició los minerales que quedaban en las escorias.

La población netamente bajacaliforniana se negó a dejar morir Santa Rosalía y luchó denodadamente por sobrevivir. El antiguo director de la compañía francesa y algunos empleados —casi todos casados con mexicanas— también decidieron luchar invirtiendo en una empacadora de pescado. Actualmente ésta sostiene la economía de la zona, junto con el ferry que mueve muchos pasajeros y mercancías y la carretera transpeninsular. Santa Rosalía es parada intermedia en los traslados de norte a sur y de sur a norte. Además, El Boleto le dejó, entre otros beneficios, una planta eléctrica y la aducción de agua potable desde el pueblito de Santa Águeda.

Desde la época de mi boda, ya había empezado la crisis. Para

economizar, la compañía debió liquidar a varios de los empleados franceses aprovechando su viaje a Francia. A todos ellos se les pagaba un viaje con su familia a su país de origen cada tres años. Era un costo muy alto para la compañía, por lo que al llegar a Francia el banco Mirabeau aprovechaba para liquidarlos.

Mi esposo deseaba que su familia conociera a su esposa y a su hija, y aprovechó el viaje vacacional que le correspondía para llevarnos a París, donde vivían su madre y tres hermanas. Le aconsejaron que no se fuera de vacaciones, porque también lo liquidarían. Él pensó —equivocadamente— que por estar casado con una mexicana no lo harían. Y como hacía cinco años que no veía a su familia, no hizo caso de esas recomendaciones. Así fue como partimos hacia Francia, donde me esperaban duras penas, dificultades económicas y, sobre todo, la guerra con sus sufrimientos. También la ocasión de templar mi carácter y de aprender a buscar sola las soluciones a los problemas.

## II. RUMBO A FRANCIA

### EL VIAJE

Un radiante día de mayo abandonamos Santa Rosalía en uno de esos barquitos que en aquellos tiempos hacían la travesía de este puerto hasta Guaymas. Al alejarse la embarcación, vimos con tristeza desvanecerse el puntito blanco de nuestro querido Tutú que, fiel a sus amos, no se resignaba a perderlos.

Salimos con muy poco tiempo para alcanzar el barco en que viajaríamos a Francia, pues con la angustia de ver llorar a mi madre y el temor a lo desconocido, los nervios me traicionaron. Caí en cama con fiebre muy alta. Apenas recuperada, partimos con el tiempo muy justo. Tomamos un tren, y cuando llegamos al puerto de Galveston, allí se erguía el gran trasatlántico Le Mexique, con cupo para dos mil pasajeros. Lo contemplé asombrada, recordando las cáscaras de nuez que cruzaban el mar Bermejo de mi tierra. Me parecía una ciudad flotante y me sentía tan pequeña...

Ya en el barco, la vida me pareció monótona. En el día teníamos dos opciones: subir a cubierta o ir al bar a tomar la copa y jugar cartas, dominó, ajedrez, etcétera. En cubierta se cansaba uno de contemplar el uniforme paisaje de cielo y mar; algunos leían, otros dormitaban. No duró mucho esta tranquilidad, el barco comenzó a balancearse de costado a costado y muy pocos pasajeros escaparon al mareo. Yo comencé a sentirme muy mal, y a pesar del frío subí a cubierta a recostarme en una silla de lona. Un joven oficial se me acercó:

—¿Se siente mal, señorita?

Sólo pude asentir con los ojos.

—Espere un momento, no se mueva —volvió con una copa llena de un líquido ambarino—. Beba, se sentirá mejor.

El efecto fue casi instantáneo.

—Gracias, pero dígame ¿que es lo que me dio?

—Es Cointreau y algo más.

—Por favor, déme la receta.

Sonrió y se alejó sin contestar. Nunca lo volví a ver, pero gracias a él hice un viaje de dieciséis días sin marearme. Y desde entonces me gusta el Cointreau.

Una noche nos despertó el lúgubre ulular de la sirena del barco. Todos los pasajeros, asustados, salimos a los pasillos. Los marineros nos tranquilizaron: “Miren la espesa neblina que nos cubre; la sirena es una medida precautoria para evitar una colisión”. No existían los radares, como ahora.

Hicimos cuatro escalas muy breves: en La Habana, la Coruña, Gijón y Santander. Hacia el final del viaje recibimos una triste noticia: habían asesinado al presidente Doumer de Francia, se decretó luto y hasta el bar quedó cerrado. Los más audaces rompieron una ventana para seguir jugando y bebiendo, callando al barman con espléndidas propinas.

Finalmente avistamos las costas de Francia. Desembarcamos en el puerto de Le Havre. Todos los pasajeros querían salir primero por miedo a no encontrar transporte. También mi esposo temía no alcanzar lugar en el tren que nos llevaría a París. Afortunadamente, no tuvimos ningún problema. Estaba tan cansada que me acomodé en el asiento y me quedé dormida. Mi esposo me despertó con un grito de emoción: “Ya llegamos. Paname, mon vieux Paname, ¡cuánto tiempo sin verte!”, repetía. En su alegría, llamaba a su ciudad con su nombre popular de Paname. Me abrazaba diciendo: “París es mi segundo amor después de ti. Mira, allá están la torre Eiffel y la basílica del Sagrado Corazón”. Por más que abría los ojos, no veía nada. Creo que él los veía con la imaginación.

## DESCUBRIENDO PARÍS

Nadie nos esperaba en el andén, mi esposo quería darle una sorpresa a su madre, sus tres hermanas y dos sobrinitos. Y verdaderamente lo consiguió. Mi suegra le tenía cierto resentimiento a su hijo por haberse casado lejos de ella y con una extranjera, una in-dígena tal vez. De México y los mexicanos tenían la idea de que era un pueblo salvaje, siempre en revolución. En ese tiempo, las únicas películas americanas que llegaban a Francia con temas mexicanos pintaban a la capital con indígenas vestidos de manta y con huaraches, jalando un burro cargado y acompañados por mujeres de piel oscura, largas trenzas, también vestidas de manta y con huaraches o con los pies desnudos.

Mis cuñadas me veían con suma curiosidad: “¡No es posible, es blanca y viste como nosotras!”, decían. Me sentía cohibida, pues no sabía su idioma. El francés es una lengua suave, agradable. Me gustó mucho, y como era muy joven no me fue difícil aprenderlo. Desde luego, no poder comunicarnos nos distanciaba, por eso me apliqué para hablar pronto el idioma, cosa que logré poco a poco, y a los tres meses ya me expresaba aceptablemente.

De hecho, no me costó trabajo adaptarme a Francia. Tenemos un gobierno republicano; la misma religión; veneran a una virgen: Nuestra Señora de Lourdes, como en México a la Guadalupeana; el pueblo francés adora la música tanto como el mexicano. Lo que sí cambia es la alimentación, pues no acostumbran el chile ni el maíz, tampoco el frijol, sólo las alubias que llegan de España.

Una cosa que me sorprendió fueron las abundantes carnicerías en las que vendían carne de caballo. Yo me negaba a comerla, hasta que mi suegra me la dio a probar sin que yo lo supiera. Me gustó. Descubrí que había criaderos de caballos para la matanza. Sólo el lomo y la pulpa son para consumo humano, el resto es para alimentar a los animales del zoológico.

Mis cuñadas me llevaron a conocer París. No me cansaba de ver

todas sus bellezas. Una atmósfera romántica envuelve el ambiente, seguramente gracias al encanto del río Sena y sus malecones, siempre pletóricos de turistas, pintores, artistas de todo tipo y hasta de pescadores en los sitios más tranquilos. El Sena ha sido el mudo testigo de la fabulosa historia de esta ciudad, el inspirador de tantos poetas, músicos y pintores. Atraviesa la capital de este a oeste, en una parte abre sus brazos formando la isla de San Luis y luego la isla de la Cité, donde se alza majestuosa la catedral de Notre-Dame, construida sobre las ruinas del templo del dios celta Cernunnos, el dios cornudo de los nautas parisinos que transportaban grandes cargas por el Sena, y el de Júpiter, construido por los romanos cuando conquistaron las Galias. También me dijeron que fue el papa Alejandro III el que puso la primera piedra en 1163 y que San Luis, rey de Francia, al regreso de una cruzada, donó la corona de espinas de Cristo.

La mayor de mis cuñadas me llevó a los grandes almacenes y a los parques. Fuimos también a las carreras de caballos de Longchamps. Aposté veinte francos y gané. Era un espectáculo maravilloso. Un enjambre de aficionados llenaba los campos, las graderías y los alrededores. Caballeros y damas lucían sus mejores galas; los humildes se instalaban en los prados vecinos a guisa de día de campo. En otra ocasión fuimos al teatro a ver una obra actuada por la eximia Sarah Bernhardt, que a sus setenta años era capaz de representar exitosamente al Aguilucho (*L'Aiglon*), hijo de Napoleón Bonaparte que murió siendo adolescente.

París es tan grande y tan rico en monumentos, museos, plazas, puentes, teatros, cines, restaurantes famosos, centros nocturnos... que se necesita toda una vida para conocerlos. A mí me encantaba pasearme por los puentes o malecones del Sena, siempre tan llenos de turistas tomando fotos o de pintores con su lienzo y su banquito bajo el brazo, buscando la mejor perspectiva para plasmar en la tela un paisaje o un monumento. Mi malecón preferido era el de los bouquinistes, que venden libros usados. Allí no solamente los estudiantes hacen su agosto con los libros de texto de segunda mano, sino

que se encuentran además grabados y pinturas que buenos artistas se ven obligados a rematar a precios muy bajos. Desgraciadamente yo nunca pude, como era mi deseo, adquirir alguno de esos cuadros.

Como mi suegra vivía en la calle de Pontoise, entre el boulevard Saint Germain y la isla de la Cité, los domingos llevaba a mi hija a jugar en el jardín de L'Archevêché (el Arzobispado), situado entre el Sena y la parte posterior de la catedral. Mientras la niña jugaba, me acodaba en el parapeto del malecón. No me cansaba de admirar lo que me rodeaba. Quería grabar en mi mente todo lo que veía para contarles mil cosas a mis familiares y amistades a mi regreso a México. Pero el hombre propone y Dios dispone. Durante muchos años no pudimos regresar a mi patria.

#### MI VIDA EN FRANCIA ANTES DE LA GUERRA

Cuando liquidaron a mi esposo, lo indemnizaron. Por carta, mi madre y otras personas nos aconsejaban que invirtiéramos ese dinero en un comercio. Así lo hicimos y fuimos a una agencia que ofrecía locales con surtido completo de abarrotes y habitación. Era en la ciudad de Colombes, cercana a París, con un costo de treinta mil francos, que correspondía a lo que recibió mi marido. Por desgracia, el que nos atendió, un sudamericano, en un descuido nuestro sustituyó el contrato verdadero por uno en blanco, y lo cubrió de tal manera que sólo aparecía el lugar de las firmas. Me di cuenta y le advertí a mi esposo en español. "¡Qué desconfiada es su esposa!", rebatió entonces el agente. Mi marido no me creyó y firmó. Con un local vacío y un alquiler sumamente elevado el negocio fracasó, a pesar de la ayuda que nos proporcionó un tío de mi esposo para surtir la tienda. Así fue como perdimos todo.

Por cierto, este tío, hermano del padre de mi esposo, era un verdadero caballero, soltero, de firmes principios, muy honesto. Cuando conocí al tío Lucien, se había vuelto solitario y sedentario, pero en

su juventud había sido condiscípulo y amigo de muchas personalidades, entre ellas Henri Barbusse, escritor comunista que se había opuesto a la guerra de 1914-1918. Y también de Jean Tardieu, político derechista que luego fue ministro. El tío fue su jefe de gabinete (me parece que este cargo corresponde al de oficial mayor), y en varias ocasiones representante plenipotenciario en diversos países. Recibió medallas y condecoraciones de agradecimiento. Conservamos dos pergaminos, escritos en lengua árabe, que acompañaron sendas condecoraciones otorgadas, respectivamente, por los gobiernos de Marruecos y de Túnez. Pero le molestó la política con sus golpes bajos, sus prácticas desleales, sus intrigas (también en Francia suceden estas cosas). Le decían: "Así es la política", pero prefirió renunciar y lo nombraron responsable de la biblioteca de la Escuela Nacional Superior de Minas.

El tío Lucien fue muy amable conmigo. Me apreciaba porque nunca le pedí ayuda, siempre trabajé. Decía que yo era una persona muy digna. Todos los jueves me invitaba a comer. Lo cual no dejaba de ser agradable, ya que desde el fracaso del negocio que emprendimos nuestra vida fue difícil.

Mi esposo había estado cinco años ausente, y era casi imposible conseguir trabajo, máxime cuando la situación en Francia se agravaba. Los capitales huían, las fábricas cerraban sus puertas, las filas de desempleados eran interminables ante las ventanillas donde pedían la ayuda del gobierno para subsistir.

Por fin consiguió un puesto en un taller de fotografía y se especializó en el revelado. En cuanto a mí, tenía el impedimento del idioma, pues aún no lo hablaba con fluidez, pero sabía coser y encontré empleo en el taller llamado La toile d'avion. Me presenté, hice la prueba y me aceptaron. Pagaban un sueldo mínimo por semana, de lunes a sábado, día en que salíamos a las dos de la tarde (¡semana inglesa!). En la empresa se laboraba en cadena de montaje. Las mesas y máquinas de trabajo se colocaban a cada lado de un tapete ancho de un metro con cuadros dibujados frente a cada obrera. Este tapete

se deslizaba en forma constante, como el de las tortillerías, llevando la tarea que le correspondía a cada quien.

Jefes y vigilantes cronometraban la producción, lo que nos ponía sumamente nerviosas, pues nos exigían demasiado. Toda persona que no podía seguir el ritmo era despedida de inmediato. Aguantábamos esta situación por la falta de empleo, pero había muchas injusticias. Por ejemplo, el dueño de la empresa tenía una potranca llamada Corrida con la que participaba en el Derby de Londres. Cuando perdía, nos ponía a temblar, ya que el taller debía recuperar lo apostado y nos decían: “Señoras, deben acelerar la producción”. Había una pizarra al frente que señalaba el requisito de cuarenta blusas terminadas, pero cada día aumentaba la cantidad hasta llegar a cien, lo cual resultaba materialmente imposible de lograr. El trabajo se amontonaba en el tapete rodante. Muchas mujeres sufrían crisis nerviosas, otras lloraban. Tal vez por racismo, como yo era extranjera la capataz no me quería. Llamó a los jefes y se dirigió a mí: “Nunca se ha retrasado, por qué ahora sí”. Ni siquiera pensé en el riesgo de que me corrieran y respondí:

—Porque simplemente lo que usted pide es imposible. La cadena está mal montada.

—¿Cómo se atreve a decir esto? Usted me tiene mala voluntad —gritó la capataz.

—Vous êtes déculottée —contesté indignada—, pero si usted puede hacerlo, entonces yo lo haré.

Sin querer, por mi mal francés, pronuncié algo chusco, ya que le dije que estaba “descalzonada” en vez de culottée, que significa descarada o abusiva. Esto hizo reír a los jefes que me miraron con cierto respeto y, al mismo tiempo, divertidos por mi error de lenguaje. Luego ordenaron a la capataz que modificara el ritmo de la cadena.

Estos abusos provocaron una huelga que me pareció justificada. Casi todas las trabajadoras eran comunistas. En esos años, previos a la guerra, reinaba el comunismo entre la clase trabajadora. Trataron de llevarme a una célula, como las llamaban mis compañeras, pero me

negué rotundamente por dos razones muy personales.

Una de ellas fue que, cuando mi esposo tenía quince años, él, su madre y sus hermanas habían tenido que huir de Rusia después de la Revolución de octubre. En efecto, el abuelo de mi esposo había sido enviado desde Francia con un grupo de ingenieros para participar en la construcción del tren Transiberiano. Uno de sus hijos, el padre de mi esposo, se había quedado en Moscú, donde se casó. Murió en 1916, antes de que estallara la revolución. Considerada burguesa, la familia corría muchos peligros. Primero se fueron a su casa de campo, pero allí les avisaron que la casa de Moscú estaba en manos de los comunistas y que los esperaban para enjuiciarlos. Así que aprovecharon, como otros extranjeros avocados en Rusia, la salida de un tren de carga especial que a través de los países bálticos los llevó hasta Suecia. De ahí fueron a Inglaterra y luego a Francia. Mi suegra, al morir su esposo, había vendido un conjunto de departamentos de renta que era su herencia. El comprador le preguntó si depositaba el pago en Moscú o en Francia. Mi suegra pidió consejo al cónsul de Francia, el cual le dijo que no debía sacar el dinero para “no debilitar a nuestra aliada”. En 1916, Rusia era aún aliada de Francia e Inglaterra en la primera Guerra Mundial. Gracias a este buen consejo, el dinero se quedó en Rusia, y cuando la familia huyó a Francia perdieron todos sus bienes y se quedaron sin recursos.

Por otra parte, yo venía de México, donde no hacía tanto que el gobierno había cerrado las iglesias y expulsado a sacerdotes y monjas. Precisamente en el barco en el que viajamos de Galveston a Le Havre venían varios de estos religiosos.

Recuerdo que en una reunión, una lideresa hablaba de lo bien que trataban a los obreros en Rusia.

—Por ejemplo —decía—, las amas de casa aprietan un botón y cae una cama, aprietan otro y sale una mesa.

Yo la rebatí diciendo:

—Dígame, señora, ¿cómo podrían caber en los tres metros cua-

drados de una pieza, que por falta de habitaciones les atribuyen a los trabajadores, una mesa y una cama? Por eso hay que ingeniarse para levantar la mesa para poner la cama, o levantar la cama para poner la mesa. Dígame, señora Allard, usted que tiene en un suburbio de París una casa con cierta comodidad, con jardín y algunas aves de corral, ¿le gustaría tener estos bonitos botones para vivir en tres metros cuadrados?

—Usted es una reaccionaria pagada para desvirtuar nuestro partido —me gritó furiosa.

Era tiempo de elecciones en Francia. Los comunistas apoyaron al socialista Léon Blum, con el fin de tumbarlo luego y elegir un gobierno comunista. Supe que en la célula habían dicho que todos los burgueses serían, como en Rusia, fusilados. “Nosotros comenzaremos con nuestros patrones, que son nueve; la décima será la mexicana.” Pero la guerra desbarató sus planes.

No faltaban fanáticas a quienes no les gustaba mi actitud, pero la mayoría me apreciaba, porque cuando alguna compañera se atrasaba, me apuraba para ayudarle, a escondidas, claro está. Me lo demostraron cuando durante la huelga había que hacer guardias y dormir en las mesas de trabajo. Mi esposo les suplicó que me dejaran ir a casa porque me acababan de operar. Les dije:

—Ustedes me conocen, les doy mi palabra de que a las ocho de la mañana aquí estoy con ustedes.

—Le damos permiso a la mexicanita porque es buena compañera —aceptó una de las lideresas.

Nuestra vida seguía una rutina monótona: levantarse a las cinco de la mañana, preparar la lonchera, salir corriendo para llegar a tiempo al taller tomando tren y metro. El sábado en la tarde y los domingos se dedicaban a los quehaceres del hogar. Como no había tiempo para cocinar el domingo, hacíamos una comida fría compuesta de un buen surtido de quesos y de carnes frías, acompañadas de un rico vino. Nuestra hija sólo tomaba agua mezclada con unas gotas de vino, pero hasta la fecha ella añora esas comidas domingueras.

Tener que trabajar no me afectaba. Consideraba que era mi deber cooperar al bienestar de mi familia. Lo que sí era para mí una verdadera tortura eran las condiciones climatológicas: el frío, la nieve, la eterna llovizna del otoño. Yo venía de un clima tórrido de hasta cuarenta y cinco grados al sol y me hallaba en una región donde la temperatura podía bajar a varios grados bajo cero. Además, cambié de un lugar sumamente seco a uno muy húmedo. Confieso que durante los catorce años que viví en Francia nunca me aclimaté. Añoraba el mar, el sol y el límpido cielo azul o el resplandor de las estrellas por las noches de mi patria chica. Recordaba mis días en el ambiente de paz que me ofrecía El Boleo. Todo ello no me impedía admirar la bellísima ciudad de París. Creo que no existe otra igual en el mundo, con su encanto muy especial.

Un año antes de la guerra, en 1938, sucedió una tragedia en la familia de mi esposo. Mis cuñadas vivían en un pueblo en el sur de Francia, cerca de Toulon. Una de ellas tenía tres hijos; al más pequeño, de dos años y medio, no lo conocía mi suegra. Como eran vacaciones escolares, pensamos que era oportuno mandar a mi hija y a un sobrino junto con mi suegra a pasar allá la temporada. El papá del bebé cultivaba como mediero un campo de vides. Para regar se extraía agua de un pozo profundo cuyo brocal estaba roto, pero mi concuño insistía en que le correspondía al dueño del terreno repararlo. Esta necedad le costó la vida a su hijo, un niño precioso. Cuando mi suegra se dio cuenta de que el niño se había ahogado, cayó al suelo víctima de una embolia. Cuando se estaba restableciendo, quiso ir a la ciudad de Toulon para algún asunto. Al llegar a la estación vio grandes carteles llamando a las clases de soldados a presentarse. Angustiada gritó: "Es la guerra, y la clase que están movilizando es la de mi hijo. Quiero verlo antes de que se lo lleven". Le dijeron que eran carteles viejos, de la primera Guerra Mundial, pero no la convencieron. Exigió que le compraran un boleto para el tren que iba a París, pero sólo viajaban soldados, no admitían civiles en esta falsa movilización, que se concretaría un

año después, en 1939. No soportó la desesperación de no ver a su hijo, que era su adoración, y esa misma noche falleció.

Yo le había cobrado cariño a mi suegra, que vivía con nosotros y cuidaba a nuestra hija. Cuando mi esposo recibió la triste noticia, pidió permiso en su trabajo y, desde luego, se lo concedieron. A mí me lo negaron. La empresa no concedía permisos y no podía sentar un precedente. Como me apreciaban, me dijeron: "Las puertas están abiertas para usted cuando quiera volver". Nunca volví. Me dediqué al hogar, a cuidar a mi hija y a mi cuñada Alicia, a la que me había traído a nuestro departamento porque tenía paralizadas las piernas.

En ese tiempo me sucedió algo que nos ayudó mucho, a mi esposo y a mí, en los terribles tiempos que nos esperaban. No tuve una verdadera educación religiosa, pues aunque mi madre era católica no nos hablaba de religión por respeto a mi padre que era protestante. Según la costumbre de esos tiempos, la mujer debía ser sumisa ante su esposo y no objetar sus decisiones. Sin embargo, yo leía mucho, y cuando tuve oportunidad de leer la vida de santa Teresita del Niño Jesús, me sentí particularmente atraída por ella.

Poco después del fallecimiento de mi suegra invité a mi esposo a acompañarme a la iglesia. "¡No, no!", golpeó la mesa y me gritó irritado. Salí corriendo, reteniendo apenas mis sollozos. Había misa en ese momento, así que me fui directo a los pies de la estatua de la santa que estaba a un costado. En voz alta le pedí que iluminara el alma de mi esposo. Como distraía la atención de los feligreses, un sacerdote apagó la luz que daba hacia la estatua. Ya más calmada, me dirigí a la puerta en el momento en que aparecía mi esposo. A partir de ese momento él fue mejor practicante que yo, por eso considero que fue un milagro de santa Teresita y aumentó mi devoción hacia ella.

## MI VIDA DURANTE LA GUERRA

Había una creciente inquietud entre la población. Por radio se oían

los discursos frenéticos de Hitler, noticias de su preparación bélica y de las invasiones en los países balcánicos. Se temía la guerra, ya que los alemanes habían dicho que querían la revancha de su derrota en la primera Guerra Mundial.

Fue entonces cuando Francia e Inglaterra enviaron a dos políticos a negociar con Hitler: el ministro Chamberlain, famoso por su inseparable paraguas, indispensable en el clima londinense, y Daladier, representando a Francia. Los dos hablaron con Hitler y volvieron contentos, pues todo parecía solucionarse. Pero aquél reía ante tanta ingenuidad.

Francia regresó a sus hogares a los soldados llamados a filas en 1938, pero sólo por poco tiempo. Hitler hizo pedazos el acuerdo que firmara junto con Daladier y Chamberlain; después de todo, sólo era un papel.

En Francia ni el pueblo ni los gobernantes querían la guerra, no estaban preparados. Se oía decir: "Acabamos de salir de una (la de 1914-1918), no es posible que se desate otra". Y los políticos actuaban con demagogia. Mientras los alemanes se armaban hasta los dientes y la jornada laboral era de setenta y dos horas semanales, en Francia se proponía reducirla de cuarenta y ocho a cuarenta. Los jefes militares rechazaban las advertencias del joven general De Gaulle y confiaban en unas fortificaciones entre Francia y Alemania, la línea Maginot, que de hecho no fue utilizada, ya que el ataque se produjo por Bélgica, adonde no llegaba esta defensa. Fue un gran error de Francia; ese exceso de confianza contribuyó a su derrota.

Por cierto, me gustaría contar algunos antecedentes que me parecen interesantes y que explican en parte el fracaso que luego sufriera Francia. Son detalles humanos que, aunque trascendentes, no los cuenta generalmente la historia, tal vez por no herir susceptibilidades. La línea Maginot no se continuó hacia Bélgica para no ofender los sentimientos del pueblo belga, ya que este pueblo y su rey, Alberto I, consideraban a Francia como una hermana. Lamentablemente, el rey Alberto de Bélgica estaba casado con una alemana

que no compartía este amor filial. Tanto a sus hijos como a sus nietos los educó una institutriz alemana, lo que tal vez influyó en la futura aceptación del nazismo por el heredero del trono, Leopoldo.

Cuando joven, el príncipe Leopoldo era un muchacho apuesto, muy aficionado a los deportes de invierno. Iba de incógnito a esquiar; algunas princesas también lo hacían. En una de esas competencias el príncipe se enamoró de una bella chica que también practicaba entre la nieve. Creyéndola plebeya, sabía que no podía sostener relaciones con ella. Lo mismo sucedía con la princesa. Recuerden que estamos en los años treinta del siglo xx.

El rey de Suecia celebraba un gran acontecimiento, por lo que invitó a toda la realeza europea. ¡Cuál no sería la sorpresa del príncipe Leopoldo al enterarse de que la joven de la que estaba enamorado era nada menos que la hija del rey de Suecia, la princesa Astrid! Para ella también fue un agradable descubrimiento. Para beneplácito de los que seguían este bello romance, como en los cuentos de hadas, se casaron y tuvieron hijos. Hasta aquí es una hermosa historia. La princesa fue muy amada por el pueblo belga, pues no era altiva sino muy amable y sencilla.

El rey Alberto era considerado uno de los mejores alpinistas de Europa. A muchos nos pareció increíble que se matara, en 1934, cayéndose de un peñasco. ¿Accidente? Entonces subió al trono su hijo, con el nombre de Leopoldo III.

El nacionalsocialismo alemán se infiltraba en casi todos los países cercanos a Alemania con el fin de llegar al poder y propiciar más tarde la invasión nazi. Varios mandatarios de esos países murieron en accidentes. Asimismo, cuando ya soplaban vientos de guerra, en 1935, sucedió en Bélgica un trágico percance que volvió a despertar grandes dudas.

El rey Leopoldo y la reina Astrid iban en su coche y repentinamente chocaron con un árbol. La reina murió en forma instantánea y el rey salió ileso. En algunos periódicos se dudaba de que hubiera sido una casualidad, ya que corrían rumores de que el volante del carro había sido saboteado, con el conocimiento del rey. Un hecho posterior reforzó esta idea. La reina madre simpatizaba con el nuevo

régimen nazi, y el rey, educado por una institutriz alemana, pensaba igual. También para los hijos de la reina Astrid tenían una maestra germana, mujer muy bella que poco tiempo después el rey desposó, lo cual no fue bien visto por el pueblo.

Al perder la guerra de 1914-1918, Alemania juró que veinte años después tendría su revancha, y veinte años después Hitler se lanzaba a la terrible aventura de la segunda guerra. El primero de septiembre de 1939 los alemanes invadieron Polonia y recuperaron el llamado "corredor de Dantzig". Este corredor era una pequeña faja de territorio alemán que los vencedores de la primera Guerra Mundial concedieron a Polonia para que tuviera acceso al mar.

En la calle se encontraba uno con caras largas, angustiadas, sobre todo de los jóvenes, en quienes se leía la desesperación: "¿Por qué nos vamos a matar por algo que no es nuestro, por un dichoso 'corredor de Dantzig' que ni siquiera conocemos y que no está en nuestra patria?", decían.

Pero cuando las tropas alemanas recobraron dicha salida al mar, Inglaterra y Francia, que tenían un tratado con Polonia en el que se obligaban a defender este espacio, tuvieron que declarar la guerra a Alemania. Y lo hicieron el 3 de septiembre de 1939.

Mi esposo fue inmediatamente movilizado. Lo acompañé al tren; en ese momento todos cantaban: *Ce n'est qu'un au revoir, mes frères* (No es más que un breve adiós, hermanos), para tranquilizar a sus familias.

En una de sus cartas me comunicó que lo mandaban a un puer-tecito tranquilo llamado Dunkerque. Poco después me escribió, muy molesto, que por orden superior tendría que separarse de sus compañeros de regimiento, a los que estimaba, para hacerse cargo de un campo en el centro del país, donde el gobierno francés había concentrado a españoles republicanos que huían de la guerra civil en su país. Seguramente lo escogieron por su conocimiento del español adquirido durante su estancia en México. Y eso fue lo que salvó su vida. La batalla de Dunkerque resultó una verdadera masacre y la gran derrota que facilitó la ocupación de Francia por los alemanes.

Recuerdo algo que escribían algunos periodistas, a veces veladamente, y estuve de acuerdo con ellos. Parte de la dramática catástrofe de las tropas francesas e inglesas en Dunkerque se atribuyó al rey Leopoldo de Bélgica que, sin consultar a su gabinete ni al pueblo, se entrevistó con Hitler y firmó el armisticio, dando la orden de licenciar a todos los combatientes, dejando desprovista la frontera con Francia. Esto fue juzgado por el pueblo y el gobierno como una gran traición.

Hitler sabía que la línea Maginot no continuaba hasta la frontera con Bélgica. Desde luego, hizo planes para invadir Francia por ese agujero, como decían algunos. Lo discutió con sus generales y decidieron atacar a través de Bélgica. Era un plan perfecto, bien orquestado, y llevado a cabo con maestría por los generales alemanes al frente de grandes ejércitos motorizados, apoyados por la *Lutwaffe*, su fuerza aérea. Tomados entre los brazos de una gran tenaza, las tropas francesas y británicas, unos cientos de miles, retrocedieron hasta una playa cercana a Dunkerque, donde sufrieron un tremendo revés.

Por la orden del rey felón de que abandonaran el frente defendido, muchos soldados recorrieron caminos de Francia avergonzados y tristes. El gobierno belga no aceptó permanecer en su país durante la ocupación alemana y se estableció en la ciudad de Burdeos, como una autoridad paralela. Ante el avance de los alemanes tuvieron que trasladarse a Inglaterra.

Mientras tanto, el rey y su familia se fueron a vivir a un castillo en Alemania, donde pasaron los años de la guerra en completa tranquilidad, gozando del fruto de su traición. Vale decir que al finalizar la guerra, con toda desfachatez, quiso regresar a Bélgica, pero el pueblo resentido lo repudió, justo castigo por su felonía. Se nombró regente a su hermano Carlos y se tuvo que exilar en Suiza. En 1950 un plebiscito le permitió regresar, y en 1951 abdicó a favor de su hijo Balduino I.

De todas maneras, la superioridad alemana fue aplastante, tanto en Bélgica como en Holanda y luego en Francia. De septiembre de

1939 a mayo de 1940 no había pasado nada, por lo menos en Francia. Los jefes militares, anclados mentalmente en 1918, no habían pensado en una guerra de movimientos como la que tenía perfectamente planeada el estado mayor alemán. Confiaban en su línea Maginot, mientras los alemanes organizaban a sus blindados, las divisiones de panzers y a la aviación militar. A este periodo se le llamó la drôle de guerre (la extraña guerra o la guerra curiosa). El ataque alemán a través de Bélgica y el norte de Francia empezó el 10 de mayo de 1940 y terminó en forma relampagueante el 17 de junio.

El último presidente de Francia, Paul Reynaud, al que llamaban el Pequeño Reynaud de México, por ser de una familia francesa asentada en la capital mexicana, repetía casi llorando: "Sólo un milagro puede salvar a Francia, y los que lo pueden hacer son los americanos (los estadounidenses)"; pero esa ayuda no llegó.

Los jefes militares tenían la esperanza de reorganizarse al otro lado del río Loira, algo imposible sin material de ataque, sin aviación y sin la estructura necesaria. El 17 de junio firmó el armisticio el mariscal Pétain, entonces considerado héroe de la primera Guerra Mundial, y el 18 de junio el general De Gaulle, desde Londres, lanzaba su appel, llamado a continuar la guerra, ya que según él, sólo se había perdido una batalla. El general De Gaulle, que había sido dos veces prisionero y que logró escapar a pesar de su estatura de casi dos metros, había tratado en vano de convencer al alto mando militar de que debía modernizar el ejército y el sistema de defensa. Cuando percibió que la derrota se acercaba, se puso en contacto con Londres y escapó a Inglaterra, desde donde dirigió mensajes de aliento a los afligidos franceses. Apoyó la organización de fuerzas blindadas francesas en África del norte, que se unieron a las fuerzas inglesas y, posteriormente, a las de Estados Unidos. Éste fue el inicio de la resistencia, tanto externa como interna, tanto desde Londres como en Francia y en África, que permitió a Francia recobrar su dignidad. Un hecho que nos levantó un poco la moral fue que la flota francesa en el mar Mediterráneo prefirió hundirse a entregarse a los

alemanes, como lo exigía el gobierno colaboracionista del mariscal Pétain.

## EL ÉXODO

Para nosotros, lógicamente mal informados, sólo se trataba de so-brevivir. Yo era una de tantas esposas extranjeras atrapadas en Francia por la guerra y sus consecuencias.

Al comenzar las hostilidades con Alemania, Hitler amenazó con lanzar gases pesados que, en vez de subir, bajarían a los refugios. Por tal motivo, el gobierno francés mandó fabricar y distribuir máscaras contra los gases. Tal vez por la prisa o porque la técnica de fabricación no estaba todavía a punto, nadie las soportaba. Tenían un tubo de hule por fuera que las hacía parecerse a una trompa de elefante. Además, apretaban tanto que se sentía una especie de sofocación. Cuando trataba de ponérsela a mi hija, hacía lo imposible para arrancársela. Por suerte no se lanzaron aquellos gases. Lo que sí hubo fueron bombardeos, por lo que nos exigían apagar las luces para no atraer a los aviones.

El cura de la parroquia nos informó que su madre tenía una casa en el centro del país y ofreció a las familias llevarse allí a sus hijos. Temiendo por mi hija, se la confié durante algunos meses, mediante un pago mensual. Se nos anunciaba también el peligro de un sitio de la capital. Tomando en cuenta que vivía conmigo mi cuñada Alicia, discapacitada, y que me hubiera sido imposible bajarla a un refugio, mi esposo me escribió para pedirme que abandonara Colombes, ya que se encuentra en la periferia de París.

El gobierno francés estaba sugiriendo a la población, precisamente, abandonar la zona fabril metropolitana blanco perfecto para los bombardeos e irse a refugiar a regiones más tranquilas. Habían previsto una distribución de la población para enviarla hacia distintas ciudades. A Colombes le correspondía Lisieux, donde se venera a

santa Teresita del Niño Jesús. Como era devota de la santa, me sentí muy alentada y decidí partir llevando conmigo a mi cuñada.

Pedí una ambulancia que nos llevó a la estación. Había tres trenes dispuestos para los refugiados. El conductor de la ambulancia se equivocó de tren. Como yo, varias centenas de los que debíamos ir a Lisieux tomamos un tren que iba en otra dirección y fuimos rechazados en todas las estaciones por las que pasábamos, ya que no nos tenían considerados. Finalmente, el maquinista aprovechó que en la estación del pueblo de Sées no había vigilancia y nos dejó en el andén. Sées, pequeña población de Normandía, al oeste de París, aunque es un arzobispado, contaba sólo con cuatro mil o cinco mil habitantes. Al estallar la guerra civil en España, muchos republicanos se refugiaron en Francia. Unos cuantos cientos habían encontrado asilo en esta región. Además, habían aceptado a varios grupos de niños procedentes de París. Cuando llegamos nosotros por error, era natural que los habitantes y sus autoridades nos rechazaran.

Eran las cinco de la mañana. Habíamos salido a las seis de la tarde del día anterior y no habíamos ingerido ningún alimento desde entonces. Unas monjas trajeron leche para los niños. Nos informaron que unos cuantos serían recibidos por familias. Tuve la suerte de que me escogiera el secretario del alcalde. Yo venía de luto por el deceso de mi suegra, lo que hizo que dijera:

—Yo me llevo a la viudita.

—No, señor —le dije—, gracias a Dios aún no soy viuda, llevo luto por mi suegra.

—No importa, venga conmigo.

—No puedo —le respondí—, no quiero abandonar a mi cuñada discapacitada que no puede caminar.

—No hay problema —respondió—, la llevaremos al hospicio.

Y así fue.

El hospicio era atendido por una congregación de monjas encloastradas y ellas administraban un asilo de ancianos y uno de niños abandonados. Eran casi autosuficientes, ya que tenían huertas

y animales. Además fabricaban mermeladas y pan.

La esposa del señor que me escogió era la directora de un kinder donde los profesores disponían de una casa-habitación. Como el kinder estaba cerrado por la guerra, podía disponer de esta casa. Ya la había ofrecido a dos amigas suyas refugiadas, una de ellas con tres hijos, pero quedaba una habitación en que me alojé. Entonces, con el dinero que me facilitó el tío de mi esposo, Lucien, que siempre se preocupó por nosotros, pude recoger a mi hija.

Fue un crudo invierno, la nieve caía constantemente. Por falta de calefacción, la escarcha cubría los cristales de las ventanas formando paisajes admirables. Ojalá los hubiera podido fotografiar.

Pero el frío provocó que todos los niños, y aun los adultos, se enfermaran de anginas y de otitis, ardiendo en calentura. Gracias a Dios no me enfermé y pude atenderlos. La mamá de los niños había tenido que ausentarse y me encargó a sus hijos, dejándome dinero para sus necesidades. El único doctor que en ese momento podía atender a los enfermos era el doctor Rocher, médico del hospicio. Despreciaba a los refugiados y se negaba a curarlos, y hasta le prohibió a un médico militar que vino a colaborar con el hospicio que curara a mi cuñada de su pierna mala, diciéndole que no perdiera su tiempo, que era una refugiada. En aquella ocasión sólo accedió a venir a la casa cuando le dije que le pagaría.

Le pregunté por qué odiaba tanto a los refugiados y me contestó que éramos unos cobardes que habíamos huido de París como conejos. Le contesté que tuviera cuidado, porque tal vez algún día correría como liebre, lo que efectivamente sucedió cuando meses después la ciudad de Sées fue bombardeada. Aunque era miembro de la defensa civil, fue el primero en huir con su esposa e hija. Quedaron atrapados en su coche sobre un puente que iba a ser dinamitado, sin poder avanzar ni retroceder. El pánico les ocasionó crisis nerviosas y, aunque lograron escapar, su esposa y su hija quedaron muy afectadas. Regresaron a Sées.

Pasó algún tiempo. Le escribí al alcalde del municipio de Alençon,

al que pertenecía la población de Séés, diciéndole que no quería seguir como refugiada, quería trabajar, como las mujeres que en la primera Guerra Mundial remplazaron a los hombres en las fábricas, el campo y las oficinas. Me informó que en una población llamada Bernay solicitaban empleados para un taller de hilados donde se tejían los listones para las máscaras de gas. Cuando acepté, el dueño del taller nos vino a buscar a mí, a mi hija y a la otra refugiada, cuyo marido estaba también en el frente.

Después de algunos meses vino el desastre militar de Francia y los caminos se volvieron un caos. Todo mundo huía sin saber muy bien a dónde. Cuando se supo que el ejército alemán se acercaba a nuestra región, el dueño de la fábrica de hilados abandonó su empresa. Me dio libertad para matar las aves de corral que tenía, pero ante la incertidumbre que nos agobiaba, decidí que lo más prudente era regresar adonde se había quedado mi cuñada, es decir al hospicio de Séés, porque era el mejor lugar para que mi esposo, si resultaba salvo de la guerra, nos encontrara.

Atrapada entre la humanidad doliente que huía por los caminos de Francia, abandonando hogares y pertenencias, con frecuencia sin rumbo determinado, iba con mi hijita, con la diferencia de que yo sabía a dónde quería llegar.

Ante los grandes peligros que se corren durante una guerra, creyentes o no creyentes levantamos los ojos al cielo implorando la protección que no encontramos aquí abajo.

Nuestro destino estaba a cinco días a pie, aproximadamente, pero andar y andar siguiendo el serpenteo de los caminos es agotador, sobre todo si se carece de alimentos. A mediodía descansábamos para evitar los temibles rayos del sol; cuando éstos declinaban, emprendíamos la marcha sin detenernos hasta encontrar un calvario. Yo llevaba enrollada al cuerpo una cobija; cuando llegábamos al calvario, la extendía en el suelo y enredándonos en ella nos disponíamos a descansar. Levantando los ojos veía los enormes brazos de la cruz brindándonos protección; nada malo podía acontecer. Nos dormíamos tranquilas para

continuar muy temprano nuestro camino. No había ni un rumor, todo era estático, podría decir que el silencio era ensordecedor.

Siempre evité viajar junto a los grupos grandes para evadir los ataques de los aviones italianos que bajaban a la altura de los árboles para ametrallar a la gente sin importarles que fueran niños o ancianos. Italia acababa de declarar la guerra a Francia el 10 de junio, y su papel fue atacar a la población civil para bajar la moral de los soldados.

Recuerdo el terrible caso de una mujer con siete niños que se guareció debajo de un puentecito de piedra; el aviador dirigió allí su ametralladora y la pobre madre sólo salvó a tres. Los otros quedaron tendidos con el espanto reflejado en sus ojos. Su madre los acariciaba, reía, lloraba, volvía a reír; había perdido la razón.

Nos cruzamos con un grupo de soldados vietnamitas (Vietnam se llamaba entonces Indochina y era colonia francesa, por lo que muchos combatientes de este país peleaban con los franceses). Iban vestidos con albos uniformes y, por lo mismo, eran un blanco perfecto para los aviadores italianos. Habíamos corrido hacia un bosquecito y allá nos alcanzó uno de los reclutas, muy joven, que se abrazó a mí todo asustado. Traté de consolarlo, pensando que era como un niño buscando el apoyo de su madre. Por estos ataques, a veces las familias quedaban separadas, y para tratar de localizarse dejaban recados escritos en los árboles.

En una iglesia sin techo vimos a un grupo de ancianos e inválidos: “¡Yo era tan feliz con mi familia!”, se quejaba una de las mujeres. Le dejé una botella de aceite y un pan duro que traía desde Bernay. A lo largo de los caminos vecinales de cada lado se veían escombros, animales muertos, maletas despanzurradas, cochecitos de niños, etcétera.

En una casa en la que nos dieron agua y nos dejaron descansar un rato, oímos por la radio la voz ahogada por el llanto de un anciano, la del mariscal Pétain, que acababa de sustituir al presidente Reynaud y nos anunciaba que ante el desastre, se veía en la necesidad

de aceptar el armisticio que Alemania le ofrecía y nos invitaba a regresar a nuestros hogares. Todos caímos de rodillas. A pesar de ser mexicana, me identifiqué con los franceses. Todos llorábamos y muchos decían: "No es posible, no es posible". Otros reconocían: "¿Qué quieren que haga el pobre viejo (Pétain)?, por lo menos trata de salvar a los miles y miles de personas que corren por los caminos, sedientos, hambrientos y sin rumbo claro".

Pobre Francia, estaba herida de muerte, en manos de gobernantes ineptos que rechazaron al único hombre que podía reorganizar la defensa, Charles de Gaulle. Pero en estos tiempos del éxodo nosotros no sabíamos nada de su appel o llamado a seguir defendiendo la libertad del país.

Seguimos nuestro camino hacia Sées. Al llegar a una encrucijada cuyos dos brazos llevaban a esta ciudad, topamos con un tanque. Me dijo el conductor: "Señora, ¿a dónde va con esa niña?; por allí se dirige hacia la batalla que se está librando en Mortagne". Tomamos el otro camino. Poco después nos alcanzó un auto, hecho una coladera. Me dijeron ser agentes de enlace y se ofrecieron a llevarnos a cambio de conseguirles una cajetilla de cigarros, lo cual me pareció fácil. Cuando llegamos al pueblo, acababan de bombardearlo, las calles estaban intransitables y no pudimos cumplir la promesa. Brincando por encima de los escombros llegamos al hospicio.

De esos días aciagos, llenos de angustia y desamparo, guardo un recuerdo agradecido a nuestros amigos los calvarios que se encuentran, numerosos, en los caminos de Normandía y Bretaña.

Llegando al hospicio, escuché un lamento: "¿Qué vienen a hacer aquí, las bombas destruyeron el pueblo, tal vez vuelvan los aviones esta noche!", era mi cuñada. Por cierto, en una de las incursiones, una bomba cayó en el patio de la casa del doctor Rocher. Cuando había bombardeos, su esposa tenía crisis nerviosas. Al doctor le extrañó no oírla quejarse, prendió una luz y ante sus ojos aterrados descubrió a su mujer en un charco de sangre. Un pedazo de metralla le había cercenado la cabeza. Por esto creo que tanta dureza de corazón

ante el dolor ajeno puede merecer un castigo.

Una vez descansadas del duro viaje, una de las religiosas me pidió encargarme de los niños, ya que la persona que los cuidaba se asustó y huyó. Nos ofreció a cambio casa y comida. Como no había noticias de mi esposo, acepté.

Eran unos niños rebeldes, sin la menor disciplina. Para llevarlos a la escuela, no querían formarse, lanzaban piedras a las ventanas; los comerciantes, al verlos llegar, bajaban las cortinas de sus negocios. Quizás era su modo de expresar su rebeldía ante la incompreensión de los demás.

Al lado de la escuela había un parquecito donde los niños jugaban durante el recreo, pero cuando los alemanes ocuparon la región, un destacamento se instaló ahí. Una vez, al llegar a la escuela, un alemán se acercó a mí para preguntar algo, pero los niños me rodearon diciendo: "Ya nos robaron Francia y ahora nos quieren robar a nuestras mujeres".

El alemán se alejó riendo: "Tiene buenos defensores". Muchos de los soldados se estaban aseando con el torso desnudo. Cuando sonó un silbato, aun con el jabón en la cara, se cuadraron. Entonces les dije a los niños: "Miren, ¡qué disciplina! ¡Qué van a pensar de ustedes tan desordenados! Demuestren que los franceses también tienen disciplina. Fórmense de dos en dos". Para mi gran sorpresa, obedecieron. Al vernos llegar, la maestra no podía creerlo. A partir de ese momento, siempre los conduje formados, al grado de que las ventanas de las casas dejaron de cerrarse y las cortinas de las tiendas de bajarse. Esos hechos llegaron a oídos del alcalde, quien me mandó una felicitación.

Los niños del hospicio eran dieciséis chicos abandonados o huérfanos, necesitados de cariño. Para controlarlos, traté de darles el amor que les hacía falta. En la noche, después de asearlos y acostarlos, les contaba un cuento, les leía un libro o les cantaba una canción. Cuando sentía que ya se dormían, les acomodaba sus cobijas, y acariciando su cabecita les daba las buenas noches con

un beso en la frente.

En una ocasión, el más rebelde de ellos no me quiso obedecer. En la noche, al acostarlos, no me ocupé de él para nada. Lo ignoré totalmente y conté el cuento lejos de él. A todos les di las buenas noches, menos a él. Apenas cerrada la puerta de mi cuarto, oí al niño que llorando me decía: "Perdóneme, madame, me voy a portar bien, pero no me vuelva a hacer eso".

Por fin llegaron noticias de mi esposo. Después de la rendición de Francia, pudo regresar a París en bicicleta, sorteando muchas dificultades. Nos decía que nos esperaba en nuestro departamento de Colombes. Al despedirme, la madre Elizabeth, responsable de los niños, me pidió perdón.

—Madre, ¿qué tengo que perdonarle?

—Sí, madame, llegué a desear que su esposo no volviera para que usted se quedara con nosotros.

Nos reunimos en Colombes. Mi esposo recuperó su anterior empleo y yo conseguí uno nuevo. Empezaron las privaciones provocadas por la derrota francesa y la ocupación alemana.

## PENURIAS Y RACIONAMIENTO

Hasta finales de 1942, Francia estuvo dividida en dos partes: la zona ocupada, bajo control alemán, y la zona libre, donde se hallaba el gobierno francés, bajo el mando del mariscal Pétain. Después del desembarco de las tropas aliadas en África del norte, el 8 de noviembre, los alemanes ocuparon directamente lo que había sido la zona libre.

Al apoderarse de las fábricas estratégicas para ellos, los alemanes nos advirtieron: "Todo trabajador es considerado por nosotros como un soldado prisionero; si falta a su trabajo, se le considerará desertor y será deportado a los campos en Alemania o fusilado". En estas condiciones, nadie faltaba, aunque tuviera que caminar

kilómetros para llegar.

A mi regreso a Colombes había conseguido trabajo en una fábrica en otro municipio cercano a esta ciudad. Nuestra tarea consistía en confeccionar gruesas cubiertas para proteger los motores de los carros que irían a combatir a Rusia, que por cierto no les sirvieron de nada ante el crudo invierno que sepultó carros y soldados bajo toneladas de nieve. Hitler se creyó más listo que Napoleón, al que le pasó lo mismo. Este desastre fue el principio de la derrota del fñhrer. Ahí perdi3 a lo m3s granado de sus mandos militares y a miles y miles de sus mejores soldados, a los que tuvo que remplazar con personas de la tercera edad y con adolescentes.

Y comenz3 el racionamiento. En cada alcaldía se distribuían las famosas cartillas que permitían solicitar los tickets que estipulaban las raciones a las que cada quien tenía derecho. Por ejemplo, 200 gr de pan al día, 78 gr de carne semanales, 100 gr de margarina y 100 gr de aceite por mes. No había azúcar ni leche para los adultos, sólo los niños tenían derecho a medio kilo mensual del dulce y, hasta cierta edad, recibían un cuarto de leche descremada; los beb3s, 100 gr de arroz a la semana. Ciertas prendas de vestir sólo se concedían una vez al año.

En cuanto al carb3n, cuyo consumo antes de la guerra podía llegar a varias toneladas al año, ahora se reducía a 50 kg, así como a una hora de gas al día. En eso era en lo que m3s extrañaba Mé-xico. Antes de la guerra por lo menos había calefacción en los hogares, aunque todavía no en los transportes pñblicos. Ir a trabajar bajo la nieve o con hielo en las calles y las banquetas era para mí un suplicio.

Para conseguir algo en el mercado, debía uno guarecerse en algñn porche de casa desde las cuatro de la mañana, aunque la nieve cayera en fuertes copos, o aunque el frío se metiera en la carne como un cuchillo ardiente. Al silbido del guardia corríamos en alocada desbandada para formarnos lo m3s cerca posible de los puestos. Muchas veces sólo los primeros de la fila alcanzaban algo.

Para los alimentos controlados con tickets, uno se tenía que inscribir en los varios negocios donde uno se surtía, pero como el abastecimiento era insuficiente, los comercios ponían afuera del establecimiento un pizarrón en el que se indicaba qué números recibirían su ración. Es decir, si había dos mil personas inscritas, ese día se atendería del uno al doscientos cincuenta. Y el que no se presentaba, perdía su turno.

En vez de papas, nos vendían dos productos usados en Alemania para alimentar al ganado, el topinambur, algo semejante a la papa, y el colinabo. Los dos olían muy fuerte, sabían muy feo y provocaban flatulencias. Una vez trajeron al mercado hojas de ruibarbo. Se veían preciosas, con un verde muy brillante. Los franceses acostumbran hacer mermelada con sus tallos, que resulta algo laxante, pero nadie sabía que sus hojas eran un purgante tóxico. Mucha gente pensó en guisarlas como espinacas, pero se llenaron los hospitales con todos los que se intoxicaron y tuvieron vómito y diarrea. Felizmente yo no alcancé mucho y no sufrimos un efecto tan fuerte.

Cuando no alcanzaba nada en el mercado y regresaba con la bolsa vacía, mi marido lloraba de desesperación, lo cual me sorprendía, ya que ni mi hija ni yo lo hacíamos. Me preguntaba por qué, siendo hombre, no aguantaba el ayuno. Lo entendí después, cuando descubrimos que tenía en su intestino una solitaria de varios metros, que absorbía el escaso alimento que le conseguía. También mi hija sufría mucho con este racionamiento, y por mucho que escondiera los alimentos lograba encontrarlos.

Mi esposo, que era fumador adicto, sufría sobre todo porque no se conseguía tabaco ni cigarrillos. A los únicos que se veía fumando en la calle era a los alemanes. Como no se les permitía entrar a los vagones del metro con el cigarro encendido, tiraban al piso las colillas, que iban a dar a un resquicio entre el tren y el andén. Esto dio lugar a un negocio. Con una especie de fisga en la punta de un palo largo, algunos individuos cosechaban estas colillas. Las desbarataban, y con el tabaco recuperado formaban paquetitos de cien

gramos que vendían en el mercado negro.

También empezó el contrabando de algunos alimentos y la falsificación de tickets (dicen que auspiciado por los mismos alemanes). Los recolectores de basura comentaban que en los botes se encontraban muchas cabezas de perro y de gato. ¿Será que con ellos hacían la mortadela y las salchichas que alcanzábamos con los tickets? Les aseguro que con hambre “no hay mal pan ni se le ven los prietitos al arroz”.

Estábamos muy limitados en noticias. Lo que más oíamos en la radio o leíamos en los periódicos era la propaganda nazi y los artículos de los colaboracionistas, ya que no faltaron franceses que, por odio y temor a los comunistas o a los judíos, se unieron voluntariamente a los ocupantes. Por ejemplo, salían artículos furibundos contra los terroristas, como llamaban a los miembros de la resistencia, y clamaban por que se les denunciara. También corrían a escondidas alguna información y rumores que se oían en las estaciones italianas o que los que tenían un radio de onda corta lograban escuchar de la BBC de Londres con riesgo de su vida.

Entre los rumores recuerdo éste que no sé si es leyenda o realidad. Se dijo que Hitler había enviado, al principio de la guerra, un espía a Londres para saber de cuánta aviación disponían aún los ingleses, para planear la invasión a la isla después de haber bombardeado la capital durante cuarenta noches consecutivas. Los ingleses descubrieron las intenciones del espía y lo engañaron de una manera ingeniosa. Acondicionaron hangares e hicieron vo-lar escuadrillas pintadas con un tipo de pintura, y luego mandaban de nuevo los mismos aviones con algún distintivo diferente. Con esta demostración de fuerza, el espía habría informado que no convenía atacar.

Se decía también que Hitler no hacía nada sin consultar a su brujo, lo cual parece haberse confirmado después. Cuando murió éste, empezó a declinar la estrella del fñhrer. Se hablaba de las atrocidades que cometían los alemanes contra los que trataban de atravesar el río Loira para pasar de la zona ocupada a la zona libre y de las represalias

contra los ataques de la resistencia, que eran particularmente crueles.

Ya por el año de 1943 se supo que se luchaba en los países de África, que eran entonces colonias francesas. Juntos, ingleses, americanos y franceses vendrían a rescatarnos.

Una vez pasé por una calle en que acababan de llevarse a unos judíos, los hombres por un lado, las mujeres por otro. Ellas suplicaban por sus hijos que se quedaban abandonados. Los vecinos franceses les gritaron que no se angustiaran, "nosotros nos haremos cargo". Hoy día ya son personas mayores que deben recordar con amargura su drama familiar. En ese caso se salvaron los niños, pero la mayoría de las veces también se los llevaban.

### UNA REGIÓN PELIGROSA

Tanto por los alemanes antes de la ocupación como por los aliados después, la parte norte de Colombes siempre fue objeto de grandes bombardeos, pues ahí estaban instaladas varias fábricas, Citroën, Delage-Goodrich, una fábrica de tuercas y tornillos, y otras. Por el municipio vecino de Argenteuil, también pasaba una red ferroviaria que abastecía de toda clase de mercancías a la región.

Sólo el que ha vivido una guerra puede imaginar lo que se siente. Los primeros ataques aéreos nos sorprendieron. Les aseguro que ni con las dos manos podíamos detener el castañeteo de nuestros dientes. Entre vecinos nos preguntábamos: "¿Tienes miedo?" "Pues no se detiene mi mandíbula y juego castañuelas con las rodillitas, si eso no es miedo, ¿entonces qué es?", contestaba el otro. Pero es increíble la resistencia humana. Poco a poco se tranquiliza uno, se resigna y se pone en manos de Dios. Que se haga su voluntad, si me toca, pues ya será mi hora. Sólo le queda a uno esperar que, de alguna manera, todo acabe, que ese infierno termine. No importa cómo, con la muerte o con el fin de las hostilidades.

Caían bombas de diez toneladas. ¿Se imaginan ustedes el cráter

que abrían al caer desde la gran altura a la que volaban los aviones? En ese hoyo quedaban enterrados hasta edificios de siete pisos. En las calles cortadas, llenas de hoyos, no circulaba ningún transporte. Nevando o lloviendo, teníamos que ir a pie varios kilómetros a nuestro trabajo, por el temor de las represalias si uno no asistía.

Aunque casada con un francés, a mí me consideraban mexicana, ya que cuando nos casamos, según las leyes francesas de la época, la nacionalidad no se adquiría automáticamente con el matrimonio. Al llegar a Francia, mi esposo debió habernos registrado a mi hija y a mí y solicitado una cartilla familiar en un término de seis meses, cosa que no hizo a tiempo. Por tal razón se nos trató como extranjeras y la policía francesa nos tenía en la mira; sobre todo desde que México le declarara la guerra a Alemania. Una o dos veces por semana se me citaba en el Ministerio del Trabajo o de Población, en detrimento de mi salario, pues ese día no se me pagaba, aunque me daban permiso porque el citatorio era oficial.

El gobierno encabezado por el mariscal Pétain era colaboracionista. Durante la ocupación demostró una enorme debilidad frente a los vencedores. Su policía nunca protestó contra los abusos y atrocidades que cometían los alemanes. Al principio, en 1940, Hitler ofreció un supuesto buen trato a los franceses si colaboraban con él, para así atacar a Inglaterra. Goebbels, su ministro de Propaganda e Información, repetía a diario por la radio su eslogan: "Inglaterra, como Cartago, será destruida", lo cual, felizmente, no lograron. Aquella predicción, como se demostró muy pronto, resultó absolutamente falsa.

## NOCHE DANTESCA

Sucedió algo inesperado la víspera del día en que mi hija iba a hacer su primera comunión. Ella estudiaba en una escuela de religiosas y era la costumbre que los niños y las niñas de la parroquia celebraran la ceremonia en grupo.

Era común que cada año los estudiantes del año anterior prestaran sus vestidos y trajes a la siguiente generación. En esa ocasión todos habían conseguido su ropa, menos una niña, tal vez la más aplicada y devota de la Virgen María. Su maestra recordó a una antigua alumna casada, madre de dos niñas pequeñas. Se comunicó con ella y le pidió de favor que le prestara su vestido. No quería hacerlo, ya que deseaba usarlo para sus propias hijas, pero ante la insistente súplica de la religiosa accedió, a condición de que no le pasara nada, y de que la niña que lo usara se comprometiera a devolverlo íntegro.

La pequeña juró cuidarlo como a la niña de sus ojos. Lo llevó a su casa, y como tenía hermanitos pequeños que podían ensuciarlo, le pidió a su padre que lo colocara en la parte más alta que pudiera de la pared. El padre escogió la que le pareció más resistente, pegada al muro de la construcción vecina, pues la familia vivía en el séptimo piso de un edificio cercano a una fábrica muy bombardeada.

Esa terrible noche, como la ciudad se oscurecía automáticamente en el momento en que la alarma anunciaba un bombardeo, fue difícil para los padres bajar siete pisos cargando a los niños pequeños, por lo que no pudieron ocuparse del vestido. La niña no quería irse sin él y llorando decía: "¡Prometí cuidarlo!", pero el padre la cogió en brazos y la llevó al refugio. Durante el bombardeo, la niña lloraba. De rodillas estuvo rogándole a la virgen que protegiera el vestido de primera comunión.

Unas bombas cayeron en el edificio que la familia habitaba. Se derrumbó todo, exceptuando la pared donde estaba colgado el vestido. Las bombas también habían caído sobre el depósito de algún combustible. El humo que subía al cielo en volutas lo ennegrecía todo, hasta las caras de las personas, pero cuando todo terminó y los pitazos anunciaron el final del ataque aéreo, aunque la familia de la niña comprobó desolada la ruina del edificio, vieron también que en lo alto del único muro que quedó en pie ondeaba el vestido de primera comunión, intacto y perfectamen-

te limpio. La gente que conocía a la niña gritó: “¡Es un milagro!”, y hasta la capital llegó la noticia del vestido. Al día siguiente había gente de París y de otros municipios que deseaba atestiguarlo. Aquella mañana contemplamos dos diferentes actos religiosos: el grupo de niños que salía por la puerta principal de la iglesia después de su primera comunión, y enseguida la entrada de varios ataúdes con las víctimas del bombardeo.

Por cierto, durante el ataque que antecedió al día en que mi hija haría su primera comunión, se puso sumamente nerviosa y lloraba diciendo: “No vamos a poder hacerla”. Era entonces costumbre, cuando una persona tenía mucha tos, darle a tomar un terrón de azúcar mojado con ron; también se recurría a este remedio para calmar los nervios. En francés se le llamaba petit canard, “patito”. De niña, mi hija prefería a cualquier dulce los terrones de azúcar morena. Yo conservaba por precaución un maletín con vendas, tijeras, alcohol, terrones de azúcar y una botellita de ron. Se me ocurrió darle un “patito” para calmarla, lo malo fue que le gustó tanto que luego, cuando en días posteriores busqué el azúcar y el ron, no encontré ni lo uno ni lo otro.

### COLONIA VACACIONAL EN CHAMONIX

Ante el hambre y el peligro de los bombardeos, las religiosas de la escuela parroquial donde estudiaba mi hija organizaron una colonia vacacional en una casa manejada por monjas de la misma orden. Chamonix es un lugar bellissimo, en la frontera con Suiza, y muy alejado de París y sus peligros. Un día, mi hija llegó muy excitada:

—Mamá, nos vamos a Chamonix.

—¿Qué dices?, ¿no es posible, eso está muy lejos, no te puedo dar permiso!

—Oh, mamá, te lo suplico. Nos mostraron fotos de los Alpes, es tan bello.

Fui a la escuela para informarme. Trataron de convencerme: "Sí, señora, queremos llevar a las niñas lejos de los peligros de los bombardeos y de las privaciones, ya que tienen frío y comen mal. Ustedes no pueden proteger a su niña, se van a trabajar, y ella se queda sola, desamparada. Créame, estará mejor con nosotros. Esperemos que no será por mucho tiempo".

Cuando salí de la reunión, mi hija me miraba ansiosa, esperando una respuesta afirmativa. Yo me sentía angustiada, era una gran responsabilidad. Y había que decidir rápidamente, porque la salida estaba programada para dentro de pocos días.

De hecho, era cierto que la niña estaría mejor allá, y también que ni mi esposo ni yo podíamos protegerla realmente. Estábamos intranquilos por la incertidumbre, sin saber cuánto tiempo durarían estas calamidades. Acabamos dando el permiso y mi hija se fue corriendo a avisar que ella también iría.

El día de la salida los niños estaban felices, jugaban en el andén del tren, reían, algunos cantaban, apilados contra las ventanas decían adiós con aire alegre, mientras las madres teníamos lágrimas en los ojos y rezábamos: "Dios mío, en qué aventura se embarcan nuestras hijas, protégelas".

Mi hija había sido siempre precoz en los estudios y me escribía lindas cartas en las que me contaba su vida en la casa donde las habían acomodado, además de describirme los Alpes. "Desde mi cuarto puedo ver las altas montañas cubiertas de nieve, nos hablan de los glaciares, nos dicen que vamos a recorrer uno, que no es peligroso para los niños, hacemos bonitos recorridos caminando y cantando, en los bosques recogemos arándanos. Es maravilloso." Y en el sobre me mandaba flores disecadas de edelweiss.

Pero el tiempo pasaba y empecé a sentir gran preocupación. Mi hija estaba muy lejos. Entre la zona libre y la zona ocupada había una línea divisoria llamada la "línea de demarcación". Y no se podía pasar de una zona a otra. Se necesitaba obtener un salvoconducto, aun después de que los alemanes ocuparan oficialmente toda

Francia, a fines de 1942. No sabíamos cuánto tiempo duraría la guerra y esta división del país. Nos angustiaba no volver a ver a nuestra hija. Las religiosas que cuidaban a las niñas no las querían regresar, ya que muchos trenes eran dinamitados por la resistencia y era mucha responsabilidad para ellas. Al cabo de unos meses, decidí ir a buscarla. Pero ¿cómo obtener el salvoconducto? Lo solicité a la policía francesa, que me lo negó por ser mexicana, pero me sugirieron pedirlo a la Gestapo. Decidí ir a pesar del miedo que mostraba mi esposo. Cuando llegué a la oficina, una joven me informó: "Mire, recibí un telegrama urgente para ir a ver a mi mamá que se está muriendo. Y no me dan el permiso siendo yo alemana, pero vaya a la oficina central. Tal vez tenga suerte". Mi esposo repetía: "Estás loca, no vayas, eres mexicana, a lo mejor no te dejan salir". Pero insistí. Entré y subí varias escaleras. No se veía ni un alma. En el último descanso pregunté si no había nadie. Un hombre salió, quien sabe de dónde, y me indicó una oficina donde me recibió una guapa joven.

—¿Qué desea, señora?

Aventé mis papeles en el escritorio y pregunté:

—Quiero saber lo que soy, carne o pescado, francesa o mexicana.

La alemana me miraba entre incrédula y divertida.

—No la entiendo, señora. ¿De qué se trata?

—He pedido autorización para ir a Chamonix a buscar a mi hija, que está muy enferma, pero la policía francesa me dijo que no estaba autorizada para dar permisos. ¿Pueden ustedes hacer algo por mí?

—Lo siento, no puedo hacer nada, aunque para las leyes alemanas usted es francesa, ya que está casada con un francés.

Salí del edificio con enorme desánimo. Sentí que alguien me agarraba, era mi esposo que ya no aguantaba la ansiedad. Con una pálida sonrisa exclamó:

—Por fin, estás aquí. Gracias a Dios no te pasó nada.

Me eché en sus brazos llorando.

—Fue inútil. Tal vez nos hubiéramos podido arreglar para que tú te quedaras en la zona libre, pero ahora no sé qué hacer para

recoger a nuestra hija.

Al poco tiempo reclutaron a mi esposo para trabajar en Alemania. Necesitaban brazos, ya que todos los alemanes aptos estaban en algún frente de guerra. A muchos jóvenes que se negaron los ejecutaron. A mi esposo lo amenazaron: "No se resista. Su esposa y su hija son mexicanas, los campos de concentración no se hicieron para los perros". Por cierto, para entonces ya le habían diagnosticado la presencia de la tenia que mencioné antes. El doctor recetó una medicina muy fuerte, unas cápsulas de helecho macho y luego una cucharada de agua de vida alemana. Por desgracia, el animal no fue expulsado por completo y había el peligro de que se reprodujera. Por tal motivo, volvía a darle la misma medicina sin consultar al médico. El doctor me regañó severamente: "¿Quiere usted quedarse viuda? Esta medicina sólo se receta una vez al año". Y en estas condiciones se lo llevaron, con una fuerte erupción en la cara. Eso explica porqué no sólo yo me sentía inquieta, sino hasta los vecinos que, apenados decían: "No volverá el señor Demay". Felizmente volvió, pero cuando se fue era todavía un hombre fuerte y relativamente joven. Regresó hecho un anciano con la salud muy quebrantada.

Cuando se llevaron a mi marido, me sentí como náufraga. Experimenté un gran desamparo, separada de mi marido y de mi hija, en un país extranjero, y además perseguida por ser mexicana. Los alemanes se apostaban a la salida del metro, ametralladora en mano: "Sus papeles". A quienes no los traían, de inmediato se los llevaban a Alemania, sin poder siquiera avisar a su familia. Me salvé de que me apresaran gracias al compañerismo de mis camaradas de trabajo, que me escondían en la estación hasta que los alemanes se retiraban.

No me quedaba más consuelo que orar. Una amiga me aconsejó que le rezara a san Antonio porque era muy milagroso. Me dio una plegaria escrita. Como lo comenté antes, mi padre era protestante y no nos dejaba ir a la iglesia. Mis tías tampoco practicaban su religión, así que aunque sabía rezar y en Culiacán me gustaba ir a adorar al Niño Dios, y las pastorelas, no conocía a los santos. Cuando mi amiga

me dio la oración a san Antonio, le pregunté cómo era este santo. Me dijo que llevaba un niño en los brazos. En mi desesperación iba a la iglesia a rezarle. Una tarde, en mi casa, amodorrada por tanto llorar, oí que tocaban a la puerta. "Pase, está abierto." El pasillo de entrada estaba oscuro y sólo vi que entraba una persona vestida con una túnica café que le llegaba hasta los pies calzados con sandalias. De su cintura pendía un cordón o un rosario. Me dijo:

—¿No me conoces?

—No, señor, no sé quién es usted.

—Mírame bien, soy san Antonio, pero no me estás rezando a mí, si no, hace mucho que te habría concedido lo que pides.

Recobré mi lucidez, pero san Antonio ya no estaba. Sin embargo, la puerta estaba abierta. Corrí a ver a mi amiga y le conté lo sucedido. "Creo que lo soñé." Pero ella me llevó a la iglesia para ver a quién le estaba rezando. "Qué tonta, le estás rezando a san Jo-sé." San Antonio me concedió luego lo que considero un milagro.

Un día la portera del edificio en que vivía vino a verme:

—Señora, yo puedo ir a buscar a su hija.

—Imposible, se lo agradezco, pero es demasiado peligroso.

—No se preocupe, me sé cuidar y le traeré a su niña sana y salva, se lo aseguro.

Ante tal determinación, le entregué el dinero necesario. La esperanza renacía. La impaciencia comenzó a devorarme, pero las cosas no iban tan bien. Los vecinos, antes tan gentiles, se volvieron enemigos: "¿Cómo es posible que haya arriesgado la vida de la esposa de un prisionero de guerra?", me decían. Cuando pasaba frente a ellos, bajaba los ojos, me sentía como una criminal. Por fin llegaron, sanas y salvas, como lo había prometido la portera. Nunca podría pagarle este favor.

Y ella me comentó: "Seguramente, nos salvaron sus plegarias. Fue un milagro, pues el tren en que veníamos fue dinamitado, pero sucede que yo, al ver muchos alemanes en el tren, le dije a la niña: 'Mira, allá está un vagón vacío, mejor viajamos allí'. Cuando llegamos

a la siguiente estación, se detuvo el tren. Pasó el tiempo y el carro no se movía. Bajé a ver y ya no había tren. Le pregunté a un empleado por qué habían dejado ahí el vagón. Me explicó que por eso venía vacío, porque tenía que quedarse en esta estación. Tomamos el siguiente tren y vimos cómo aún estaban recogiendo los destrozos del anterior. Mi error nos salvó". Yo creo que san Antonio las salvó.

La vida continuó con sus penurias. Los bombardeos arreciaban tanto en Francia y en nuestra zona, como en Alemania, puesto que los aliados estaban ya luchando en África del norte. Oíamos por radio que se calculaban sesenta mil y luego ochenta mil muertos en Leipzig, donde estaba mi esposo.

En una ocasión, cuando iba al mercado, estando todavía en la plaza frente a la iglesia, sonaron los siete pitazos que anunciaban la llegada de los aviones que venían a bombardear. Me quedé pa-rada sin saber qué hacer. Volver a casa o seguir adelante. Todo mundo había desaparecido, me encontraba completamente sola. De pronto, cerca de mi oído oí una voz muy dulce que me decía: "No temas. Aquí no caerá ninguna bomba". En efecto, en la parte central del pueblo nunca cayeron bombas, sino en la parte fabril, hacia el norte. Quiero pensar que fue mi ángel guardián el que me tranquilizó.

La resistencia recrudesció sus ataques y sabotajes, sobre todo a los trenes. También aumentaron las represalias alemanas, que se volvieron particularmente crueles. Cuando capturaban a algunos miembros de la resistencia los mandaban a campos de exterminio, si no es que los torturaban hasta la muerte o los fusilaban. También mataban a rehenes para aterrorizar. Se sabía del caso de un oficial alemán que había sido asesinado y abandonado en una banqueta. La Gestapo hizo bajar a empujones a todos los habitantes del edificio, y ahí mismo, junto a la pared, los fusilaron a todos, mujeres, niños, ancianos y algunos hombres presentes.

Después se ha sabido de innumerables casos de atrocidades, tanto en París como en la provincia francesa. Vercors, un escritor francés miembro de la resistencia, relata con detalle algunos de estos crímenes en su libro *Les pas dans le sable*.

Ante esta situación de hambre, frío, bombardeos, angustia, y la duda de que la ocupación alemana terminara algún día, había que proteger a la niñez. El gobierno decidió sacar de París todas las escuelas, tal como estaban, con profesores y alumnos, y las envió a regiones menos conflictivas. A mi hija le tocó Gérardmer, en los Vosgos, al este de Francia, muy cerca de la Selva Negra. Por tercera vez me separé de mi hija. Esta vez no se quería ir, tal vez porque presentía lo que pasaría después y porque mi esposo, antes de partir deportado, le había recomendado que me cuidara.

Un día en que mi amiga Titine (Albertine) y yo platicábamos de ventana a ventana, nos asustó una bola de fuego que pasó velozmente, no muy alto, por el cielo. Luego se percibió un ruido lejano. Después nos dijeron que la bola de lumbre cayó, afortunadamente, en un terreno baldío que quedó totalmente arrasado; ni hierba ni tierra. Parecía un desierto de arena.

Según parece, fue una de las armas nucleares que estaban ensayando los científicos alemanes, los V1, V2, V3, V4 y V5. Después del desembarco, Hitler ordenó enviar los V1 primero, luego los V2 contra Londres para desmoralizar a los británicos, provocando miles de muertos. Pero el pueblo londinense no se dejó amilanar. Felizmente, los alemanes no tuvieron tiempo de perfeccionar el V5, que ya hubiera sido un misil atómico lanzado contra Londres y Estados Unidos. Después supimos que Estados Unidos sí lo logró, con la ayuda de científicos alemanes que habían huido del nazismo, y lanzaron las bombas nucleares contra Hiroshima y Nagasaki, con las más escalofriantes consecuencias.

Mi hija se fue el 1 de abril de 1944, el día de su cumpleaños. El 6 de junio se produjo el desembarco de los aliados en las playas de Normandía. Empezó a brillar la esperanza, pero los males no terminaron hasta un año después, el 15 de mayo de 1945. De inmediato aumentaron las represalias de los alemanes. Uno de los casos más desgarradores fue la masacre de Oradour-sur-Glane, cuatro días después del desembarco. Sin motivo alguno, los soldados nazis ro-

dearon el pueblito y reunieron a los habitantes delante de la iglesia. A los hombres se los llevaron para fusilarlos, a las mujeres, niños y ancianos los encerraron en la iglesia y los quemaron vivos. Fueron seiscientos cuarenta y dos los muertos. Y pa-rra mayor tristeza nuestra, el gobierno colaboracionista no protestó, no dijo nada.

A mediados de agosto, el día 19, París se levantó en armas. La resistencia decidió salir a la luz pública, pero los alemanes todavía estaban fuertes. Si la Ciudad Luz no fue destruida y no hubo tantos muertos, fue gracias a De Gaulle que luchó para que Eisenhower autorizara a las Fuerzas Francesas Libres a adelantarse al ejército aliado para liberar París. Y también al valor de los heroicos soldados de la Segunda División Blindada y de su genial jefe, el general Leclerc, que avanzaron hacia París a marchas forzadas, sin detenerse para comer o dormir. Su llegada fue recibida por los parisinos en forma apoteótica. Les gritaban, les aplaudían, les lanzaban flores.

Aunado a esto, el comandante del ejército alemán en París, el general Dietrich von Choltitz, admirador de París y consciente de que de todas maneras estaban perdiendo la guerra, consideró que no tenía caso cumplir la locura de Hitler. El fürher había dado la orden de detonar cargas de dinamita colocadas en puntos estratégicos de la ciudad con el fin de destruirla. El 25 de agosto se rindió ante el general Leclerc, y el 26 desfiló De Gaulle por los Campos Elíseos, al frente de una muchedumbre jubilosa. Todavía hubo algunos ataques de francotiradores desde los techos, los cuales provocaron las últimas muertes de la liberación de la capital, precisamente cuando De Gaulle acudía a la catedral de Notre-Dame para un Te Deum de agradecimiento.

París estaba liberado, pero la resistencia alemana continuaba en los pueblos que rodeaban a la ciudad por el norte y el este. Entre éstos se contaba Colombes. Nos impusieron toque de queda. Si alguien se aventuraba a salir después de las nueve de la noche, disparaban a matar. El portero de nuestro edificio se creyó muy valiente:

—Yo no creo que me disparen.

Pero regresó corriendo con la piernas abiertas; algo le escurría.

—¿No que no tenía miedo? —le preguntamos.

—Todos moriremos —contestó.

Así pasó con una joven que salió gritando: “Mi madre se muere, un doctor, por favor, un doctor”. Y le dispararon; la mataron. Ignoro si también moriría la madre.

En la planta baja de nuestro edificio estaba una panadería. Los dueños, sus hijos y unos adolescentes amigos de los hijos se reunían en un pequeño bar vecino. Allí alardeaban de que “se querían echar a un boche” (apodo despectivo para nombrar a los soldados alemanes). Un día, un anciano alemán que los oyó les dijo: “Somos varios viejos que guardamos el campo de prisioneros, pero ya se los llevaron. Sabemos que la guerra está perdida, estamos cansados y ya nadie se ocupa de nosotros. Finjan que nos golpean y nos hacen prisioneros”. Así lo hicieron los chicos, aunque se les pasó algo la mano. Cuando los alemanes supieron del arresto, investigaron y no faltaron algunos colaboradores que les dijeran que habían sido los chicos de nuestro edificio. Entonces colocaron delante de éste un cañón, amenazando con demolerlo con todo y sus habitantes, si los chicos no informaban dónde tenían a los prisioneros. Dos mujeres que vivían arriba de la panadería lloraban. “No les demos el gusto a los boches de morir llorando. ¿Quién cuenta el chiste más colorado para morir riendo?”, les grité.

Alguien les dijo a los alemanes que los prisioneros estaban en el sótano de la alcaldía. Eso nos salvó, ya que se llevaron el cañón para allá. El personal de la alcaldía negó el hecho y entonces cañonearon la hermosa escalinata de mármol orgullo de esa oficina. No encontraron nada, luego se fueron. Pero el susto nos duró algún tiempo.

Este hecho, a fin de cuentas, ayudó a salvar a dieciséis chicos que trataron de pelear contra los alemanes. Fueron hechos prisioneros e iban a ser fusilados en el Mont Valérien, lugar donde cayeron ajusticiados centenares o miles de resistentes que morían cantando La Marsellesa. Las madres angustiadas fueron a pedir auxilio al cura

de nuestra parroquia. El padre Audremont era particularmente respetado por los feligreses, ya que al principio de la guerra fue hecho prisionero y llevado a Alemania a pie, tratando siempre de auxiliar a sus compañeros. Después, como la ración de comida era insuficiente, le daba parte de la suya a quien más la necesitara. Enfermó, tal vez de tuberculosis, y empezó a vomitar sangre. Lo liberaron y volvió a su parroquia en Colombes.

En esta ocasión, el padre Audremont pidió a los familiares de los chicos que se informaran de cuántos alemanes tenían presos. Eran veinte. Entonces el padre fue hasta el Mont Valérien y pidió ver al jefe de los alemanes. Cuando éste le preguntó qué quería, el padre le contestó: "Vengo a canjear veinte alemanes prisioneros por los niños". Después de discutir entre ellos, aceptaron. Así fue como estos chicos se salvaron.

Cuando por fin se retiró el ejército invasor hacia la frontera norte y este de Francia, empezaron las represalias contra los colaboracionistas. Como siempre pasa en estos casos, en la euforia de la liberación hubo grandes abusos. En parte por colaboradores disfrazados que no pudieron hacerse ojo de hormiga y trataron de pasar por patriotas. Para demostrarlo, la emprendieron contra las mujeres que se suponía tenían relaciones con alemanes. Aquello no siempre fue voluntario, puesto que los ocupantes alemanes exigieron que en las mejores casas se recibiera a algún oficial. Muchas de ellas, inocentes, se suicidaron ante la humillación, ya que sacaron a las mujeres de sus casas, las llevaron a la plaza frente a la alcaldía, las pelaron, las desnudaron y las pasearon en una especie de palanquín. El suelo quedaba cubierto de cabelleras rubias, negras o castañas. En Colombes fui testigo de estos abusos. Cuando De Gaulle supo de estas acciones indignantes, mandó suspenderlas de inmediato y castigar a los culpables.

Yo seguía sola, sin mi esposo, preocupada por él, ya que la radio anunciaba miles de muertos por los bombardeos en Leipzig, y por mi hija, ya que llegaban noticias absolutamente alarmantes de la región

de los Vosgos. En efecto, al retirarse hacia la Selva Negra, de donde pensaban lanzar una poderosa contraofensiva, los alemanes seguían librando batallas en todo el recorrido. Fueron combates cruentos de los que nos llegaban informes espeluznantes. Me imaginaba a mi hija muerta o, como anunciaban los periódicos, llevada como una de tantos rehenes a Alemania.

Una vecina, madame Léger, polaca casada con un francés, al verme tan afligida me consolaba como podía. Un día me dijo: "Madame Demay, le voy a echar las cartas para saber si su hijita está bien". Yo no creía en eso. "No importa, vamos a ver... Su hi-ja está bien, está rodeada de soldados, pero no son hostiles. Tranquilícese."

No me podía tranquilizar. Le pedí al portero que si llegaba algún telegrama me lo llevara de inmediato al trabajo. Un día me llamaron a la oficina del jefe, y al ver al portero y al jefe con el telegrama en la mano me sentí desfallecer. Me calmaron diciendo que eran buenas noticias. El jefe me indicó que me daba una semana de permiso y el sueldo correspondiente para ir a recoger a mi hija en alguna ciudad, cuyo nombre no recuerdo, cerca de la frontera con Suiza.

Entonces me contó mi hija que cuando la batalla se acercaba a la ciudad de Gérardmer, donde estaban alojados varios cientos de niños, los sacaron por tren hasta la ciudad de Basilea, Suiza, gracias a un convenio con ese país. Allí instalaron a los chicos en un gran recinto y los cuidaban guardias suizos. Es decir, efectivamente estuvo rodeada de soldados no hostiles. En Suiza los atendieron muy bien y pronto los regresaron a Francia. Una de las cosas que más impresionó a mi hija fue ver las calles totalmente iluminadas, mientras que en Francia vivíamos casi en la oscuridad.

El armisticio final fue firmado hasta el 8 de mayo de 1945, cuando los aliados, incluyendo los rusos, llegaron hasta Berlín. Liberaron a los prisioneros y deportados del trabajo. La población francesa esperaba con ansia a sus seres queridos.

Cuando por fin nos los devolvieron, se suscitaron escenas dramáticas, a veces desgarradoras. Recuerdo dos que me tocó presenciar

cuando fui a recoger a mi esposo. Un señor lloraba con grandes sollozos abrazando a un anciano que era su hijo. Otro hombre actuaba como animal, ladraba y no se podía parar. Al parecer, reclamó por la mala alimentación y, para castigarlo, lo metieron en una perrera y no le daban de comer si no ladraba. Los familiares lloraban más que si lo hubieran encontrado muerto.

Mi esposo, como otros muchos deportados del trabajo, sufrió por la frustración de ver a su país vencido, por la ínfima alimentación, los bombardeos, la separación por largo tiempo de su país y de su familia y por la angustia de no saber cuándo terminaría la pesadilla. Regresó terriblemente envejecido y enfermo, pero regresó.

Poco a poco la vida volvió a la normalidad, aunque la situación del país no era fácil. Mi esposo recuperó su antiguo empleo, yo continué en el mío. A esas alturas ansiaba mucho volver a México, a ver a mi familia, al clima cálido. Sin embargo, no tenía recursos para ello ni se podía sacar dinero de los bancos.

Un día iba yo al mercado, cuando vi frente a la iglesia a un soldado que llevaba un parche con un indio en la manga del uniforme. Me llamó mucho la atención que se quitara la gorra y entrara a la iglesia, lo que generalmente no hacen los norteamericanos, ya que pertenecen a alguna religión protestante. Yo andaba buscando un soldado que hablara español para confiarle una carta para tranquilizar a mi familia, ya que las comunicaciones aún no se habían restablecido. Cuando lo vi con su pelo negro e hirsuto pensé: "Éste es mexicano". Me acerqué y le hablé en español. Se hacía el que no oía. Me enojé y casi le grité:

—Eres más indio que un nopal, no niegues que eres mexicano.

—¿Me habla en español? Cuando me hablan en francés no entiendo nada y me hago el desentendido.

Se alegró mucho de saber que era mexicana y me pidió mi dirección. Se la di con gusto y le pregunté su nombre:

—Ramón Zendejo. Soy texano.

Le di las gracias mas no pensé que volviera.

Al día siguiente, sin embargo, me vino a visitar, traía una caja de cartón. Casi me desmayo de la emoción. Contenía seis naranjas, una placa grande de chocolate y un frasco de café soluble. Guardé dos naranjas para nosotros y le llevé dos al tío Lucien, así como un poco de café. Siempre tomábamos café después de la co-mida. Se lo dio a la sirvienta, quien regresó muy asustada:

—Señor, puse el café en el percolador y, mire, ¡desapareció!

—No, mujer, es que a causa de la guerra, Estados Unidos simplificó el café para los soldados haciéndolo soluble. Vea en la cafetera y verá que allí está el café —dijo el tío divertido.

Al taller llevé otras dos naranjas. Yo quería compartir mi alegría de comer algo que durante largos cinco años no existió para nosotros. Partí las naranjas en cuadritos para dar a probar a todas mis compañeras. Para mi mala suerte, faltó una que estaba en el baño. Creo que nunca me lo perdonó.

Ramón Zendejo siguió visitándonos. Yo me sentía muy agradecida con él, aunque mi esposo se enojaba mucho cuando le oía decir:

—Nosotros los americanos ya somos dueños de París, vamos a quitar todas esas callecitas feas y construir grandes avenidas, como en Washington o Nueva York.

Efectivamente, tal era la mentalidad de los estadounidenses. Felizmente, Francia y su cultura tuvieron en De Gaulle un defensor decidido.

Éramos muchos extranjeros latinoamericanos atrapados en Francia, así que nuestros respectivos países, México desde luego, rentaron barcos suecos o noruegos para repatriarnos. Cuando fui a la embajada de México en París para ver si podían enviar una carta a mi familia en Baja California, pude entrevistarme con el tercer secretario, Carlos Serrano Eurosa, quien me dijo que no podía llevar una carta, pero sí una pequeña tarjeta que se encargaría de hacer llegar a mis familiares. La secretaria, tan dinámica y apreciada por mexicanos y franceses, Jacqueline González Quin-tanilla, le señaló

mi nombre al cónsul, una persona atentísima de nombre Edmundo González Roa. Éste ya lo había notado y eso me valió su atención. Me llamó y me ofreció mandarme a México con mi hija, dándome la oportunidad de viajar en uno de esos barcos. También dijo que estaba en la mejor disposición de ayudar a mi esposo a conseguir su ingreso a la República mexicana. Yo le temía a la posguerra y a la destrucción de la economía francesa, así que decidí aceptar. Mi esposo se oponía, pues no tenía papeles para ingresar a mi país y no nos podría acompañar. Además, era el único que se podía ocupar del tío que tanto nos ayudó y que estaba enfermo de cáncer pulmonar.

Durante la guerra, había seguido recibiendo su invitación a comer los jueves y trataba de ir para apoyarlo también, llevándole algún alimento conseguido en el mercado negro. Él disponía aún de dinero y, aunque las acciones que tenía en la bolsa habían mermado considerablemente, podía darse algunos lujos. Yo lo notaba más delgado y muy pálido. El médico que lo atendía decía que le recetaba para el sistema digestivo, pero como era una persona culta, comprobó pronto que las medicinas no eran para curar esos males. Empezó a tener desmayos; a veces, mientras platicaba conmigo, se desvanecía. Me preguntaba: "¿Me pasó algo?", y yo se lo negaba. Al principio los desmayos eran de un minuto, luego fueron más prolongados. Ya no pudo el médico engañarlo y le confesó que tenía cáncer pulmonar.

Su plática de hombre culto era muy interesante. Recuerdo una anécdota que me contó cuando aún se sentía bien. Se reunía mensualmente en una comida con una docena de compañeros de la École Nationale des Chartes, que forma a archivistas y paleógrafos y por lo tanto, casi todos pertenecientes al mundo literario. Aunque no les simpatizaba, se les agregó una mujer soberbia y presumida. No la soportaban, mas por caballerosidad no la podían excluir de las reuniones. En una ocasión en que recordaban a una persona a quien le había pasado algo muy desagradable, ella intervino diciendo: "Si eso me pasara, me daría un tiro". Todos, como movidos por un resorte y en forma espontánea, imitando una pistola con la mano, gritaron:

“¡Fuego!”, al mismo tiempo. No me dijo el tío si la mujer volvió.

El tío Lucien también quería mucho a mi hija. Ella recuerda que cuando cumplió sus once años la invitó a comer y luego la llevó a ver una obra musical que le dejó una huella imborrable. Así que, cuando le hablé de la posibilidad de irnos me preguntó cuándo regresaríamos. Le dije que visitaría a mi madre, a la que iban a operar de la vista. “Cómo envidio a su madre, usted es la hija que yo hubiera querido tener”, me confió

Sabía yo que su fin estaba próximo y me dolía dejarlo, ya que lo quería mucho, pero no podía desperdiciar la oportunidad que me brindaba el gobierno mexicano. Sabía que nunca más se me ofrecería tal facilidad. Me había sentido tanto tiempo sola, y ahora, aunque ya estaban conmigo mi esposo y mi hija, me ilusionaba profundamente volver a ver a mi familia, sobre todo a mi madre, que había llorado tanto cuando dejé Santa Rosalía. Además, ansiaba remplazar el frío, la nieve, las lloviznas del otoño por el sol de mi tierra, su cielo azul y el mar con sus playas.

### III. EL REGRESO A MÉXICO

Convencí a mi esposo y nos embarcamos en el buque Gripsholm rumbo a Nueva York. El cónsul González Roa había confiado a mis cuidados a la señora Ernestina. Su historia es conmovedora. Era sirvienta de la mamá de algunos miembros de la familia Jean de la ciudad de México. La señora se había quedado en Francia con su sirvienta cuando llegaron los alemanes. Ernestina dio muestra de gran abnegación hacia su patrona, la cual enfermó y quedó sin recursos. Para sostenerla, Ernestina se empleó en otra casa hasta la muerte de la señora. Por ello, la familia Jean, muy agradecida, le pidió al cónsul que se ocupara especialmente de ella. Yo hubiera querido entregarla personalmente a la familia Jean, pero mi destino era la Baja California Sur.

Me enfermé durante los siete días que duró el viaje. El cónsul había nombrado responsable del grupo de mexicanos que viajábamos a un señor de nombre Raya, que poco se ocupó de nosotros. Cuando bajamos del barco, se llevó al grupo sin fijarse que, por estar esperando mi baúl, que no salió con las maletas de los demás viajeros, faltábamos mi hija, la señora Ernestina y yo. Algunos empleados del muelle nos llevaron a un hotel en Broadway. Felizmente, al día siguiente el cónsul de México en Nueva York, al darse cuenta de que faltábamos en la lista de mexicanos que venían en ese viaje, nos localizó en el hotel después de buscarnos en varios. Me citó en el consulado y nos entregó, por orden del gobierno mexicano, la cantidad de ciento veinte dólares para cada quien, suficiente hasta para tomar un avión a la capital, pero mi objetivo era reunirme con mi familia. Con dolor de mi corazón tuve que embarcar a Ernestina en el tren en que viajaban algunos de los compañeros de viaje a quienes la encomendé especialmente, ya que se sentía desamparada. Me tranquilizaba saber que llevaba el teléfono para comunicarse a su llegada. Sin embargo, siempre lamenté no cumplir totalmente con el

encargo del cónsul, para el que guardo un profundo agradecimiento.

Para llegar a Baja California, donde nos esperaban mi hermana, mi madre y mi cuñado, nos fuimos en autobús. Llegamos a Nogales y de allí nos trasladamos a Hermosillo, donde tomamos un avión chatarra a Santa Rosalía, uno de estos viejos artefactos, a los que les decían los Tigres voladores, y que fueron eliminados cuando uno de ellos se accidentó y una periodista resultó muerta. Cuando volábamos por encima de un cerro, vi un enorme anuncio que decía: "Somos alemanistas". Me sentí indignada. "¿Cómo? —me pregunté—, ¿es posible que mi país, adonde venía a olvidar la pesadilla que sufrimos por los alemanes, sea pro Alemania?" Al bajar del avión, mi hermana se extrañó de verme tan enojada.

—¿Cómo quieres que esté contenta si ustedes son proalemanistas?

Todos soltaron la carcajada:

—Lo que pasa es que el candidato a presidente se apellida Alemán y sus partidarios son alemanistas.

—¡Ah, qué peso me quitaron de encima!

Seguía con náuseas y mi hija también, probablemente por imitación y el cambio tan grande en la alimentación. El primer médico que vi en Santa Rosalía lo atribuyó a las porquerías que nos daban de comer durante la ocupación, pero llegamos luego a La Paz, donde residía mi familia, y allí el doctor descubrió que estaba embarazada. Así que mi hijo Juan Jorge hizo el camino contrario al mío, o sea de "la guerra a La Paz".

Desde La Paz se dificultaba realizar los trámites necesarios para que mi esposo se reuniera con nosotras. Mi marido se desesperaba y me pedía que regresara. Mi hija también lo deseaba, ya que me siguió realmente forzada. Ella no conocía México y, lógicamente, prefería Francia, pero cuando ya casi había aceptado partir, vino a

verme una amiga, la esposa del director de la compañía El Boleo, que me ofreció su casa en el Distrito Federal mientras ellos se iban a un viaje de seis meses. Allí me pondría en contacto con un abogado para arreglar los papeles que le permitirían a mi esposo ingresar a territorio mexicano. Además, me prometió trabajo para él. Desistí, entonces, de regresar a Francia como me lo pedía mi esposo.

Aprovechando la oferta, nos instalamos en la capital e inicié los trámites con ayuda de un abogado. Fueron muy engorrosos. Ya estábamos en México y, aparte del sol, también encontré burocracia. Cuando por fin llegó mi esposo, nuestro hijo ya tenía varios meses de nacido, pero ya estábamos juntos y una nueva vida comenzó.

Tampoco nos fue fácil. Mi esposo, con la salud marcada por la frustración que dejó la ocupación alemana de su país, el cautiverio en Leipzig, las privaciones de todo tipo y, desgraciadamente, el vicio del cigarro, no pudo nunca tener un trabajo bien remunerado. A los cinco años del segundo hijo tuve un tercero, Rogelio Francisco. Así que tanto yo como mi hija tuvimos que trabajar para sostener la casa. Mi esposo empezó a tener desmayos y los médicos lo curaban del corazón. Hasta ya muy avanzada la enfermedad, descubrieron que tenía cáncer de pulmón, contra el que luchamos durante seis años. Tuvimos mucho apoyo de algunos médicos de Cardiología y del Seguro Social, pero finalmente aparecieron las metástasis y falleció. Alcanzó a ver a su hija casada y a su primera nieta, lo que lo hizo muy feliz.

Por haber trabajado en Francia tenía derecho a una pensión que nos hubiera evitado muchos problemas económicos, pero por estar trabajando, con mi esposo frecuentemente internado en hospitales y atendiendo a mis hijos, no me enteré de esta posibilidad hasta que un pariente me sugirió que la reclamara. Francia reconoció mis años de haber cotizado a la Seguridad Social y el haber tenido tres hijos. Gracias a ello, aunque no es mucho, tengo ahora una vejez más tranquila. Y también, entre los setenta y ochenta años, pude mandar construir una casa, para lo cual vendí todos los objetos de

valor que mi esposo había heredado del tío Lucien. Me costó muchos sacrificios, pero ahora gozo haciendo mermeladas con las frutas de los árboles que ahí sembré.

No me puedo quejar, aunque sufro un mal que no tiene remedio: el glaucoma. Tengo un ojo perdido y el otro con visión tubular, pero esto no me incapacita totalmente y me permite seguir haciendo cosas que me gustan. Además, tengo el apoyo de mis hijos, sobre todo de mi hija, que no me deja sola. Y es ella quien está capturando en la computadora lo que llevo escribiendo a mano desde hace ya mucho tiempo.

Mis hijos han crecido y formado familias estables. Tienen, a su vez, hijos sanos y estudiosos, todos profesionistas y amantes de la cultura. Los mayores ya están felizmente casados, y mis bisnietos alegran mi vida. Dios me ha recompensado de todos mis sufrimientos con esta hermosa y cariñosa familia de la que estoy muy orgullosa y que me ha brindado innumerables satisfacciones.

## UNA REFLEXION FINAL

Como no quise interrumpir la sucesión de los hechos a cada paso con las reflexiones muy personales que en repetidas ocasiones me venían a la cabeza, decidí ponerlas al final, pero me doy cuenta de que son tantas que me alargaría más de lo debido y hasta podría irme escribiendo por otros caminos. Sin embargo, no puedo dejar de decir dos pensamientos que considero relevantes. Por eso, a modo de cierre, los expongo brevemente.

Aunque mi destino fue durante largo tiempo de sufrimiento, no le guardo rencor a la vida ni, como suele suceder, acuso a Dios de abandono. Al contrario, Dios estuvo siempre presente en los momentos más crueles de mi existencia. Lo sentí tanto a él como a la Virgen María, a santa Teresita del Niño Jesús, a san Antonio y a mi ángel guardián. Creo sinceramente que nos cuidaron durante